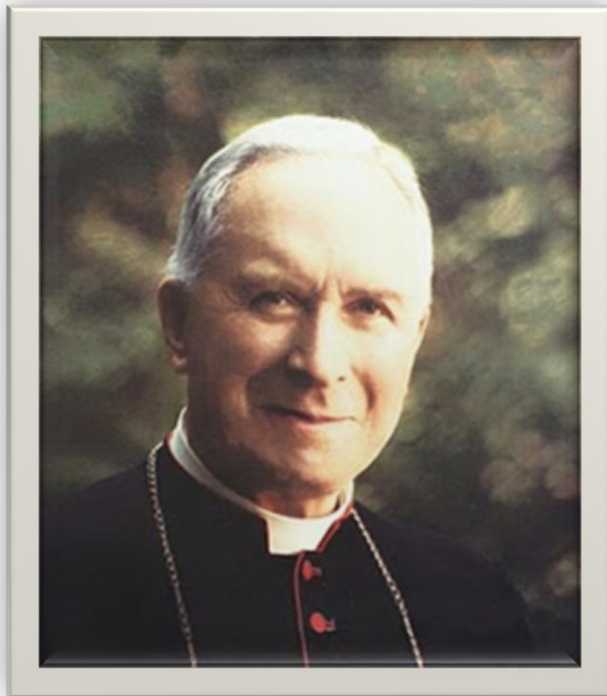


Filo-lefebvrianos

Por José María Iraburu



<http://www.ApologeticaCatolica.org/>

*Cortesía de José María Iraburu para [ApologeticaCatolica.org](http://www.ApologeticaCatolica.org/)
De su blog [Reforma y apostasía](#) en [Infocatólica](#)*

INDICE

Parte I

–Los lefebvrianos consideran a Mons. Lefebvre como el San Atanasio de nuestro tiempo, y a la Fraternidad sacerdotal de San Pío X (FSSPX) como garante imprescindible de la ortodoxia doctrinal y litúrgica de la Iglesia. –Los anti-lefebvrianos distan extremadamente en doctrina y espíritu de Mons. Lefebvre y de la FSSPX, y sienten por ellos gran aversión. –Nosotros, obviamente, nos sentimos mucho más próximos de los lefebvrianos que de aquellos numerosos pastores y teólogos «católicos» que han perdido la fe. –Los filo-lefebvrianos comparten en mayor o menor medida las posiciones de los lefebvrianos, y no reconocen en modo alguno su condición. –Afirman que Mons. Lefebvre obró siempre con una conciencia buena y recta, también al ordenar Obispos. –Pero contraponer la ley de la Iglesia y la conciencia bien formada es una de las causas hoy más frecuentes de la degradación doctrinal y pastoral. –Ordenar Obispos sin permiso de la Santa Sede es un acto gravemente malo, que la Iglesia sanciona con la excomunión. –Es un acto gravemente cismático. –El error-pecado primero de Lefebvre y de los lefebvrianos estuvo y está en el discernimiento condenatorio de la Iglesia presente. –Y el segundo estuvo y está en creer que ellos son necesarios para impedir que la Iglesia se derrumbe en la herejía y el sacrilegio. –Son falsas las premisas mayores que llevaron al cisma a la FSSPX. El Señor no necesita de nadie para salvar la Iglesia. Es la Iglesia la que nos salva a nosotros.

Parte II

–Argumentos principales de los lefebvrianos en su defensa. –1. El principio del mal menor justifica a Mons. Lefebvre. –2. Gracias a él y a la FSSPX existe la Comisión Pontificia Ecclesia Dei, existen los grupos a ella acogidos y se salvó la Misa antigua. –3. La decisión de Juan Pablo II de excomulgar a los Obispos lefebvrianos fue una opción pastoral, y por tanto no infalible. –4. Fue una excomunión injusta, y por tanto inválida. Y revocable. –5. Lefebvre reconocía el Primado romano, y justamente por eso no dió misión canónica alguna a sus Obispos auxiliares. –6. La obediencia ciega puede ser moralmente mala en ciertas circunstancias extremas. 7.–Mons. Lefebvre se equivocó al ordenar Obispos, pero lo hizo por amor a la Iglesia. Su intención era buena y su conciencia recta. 8.–San Atanasio, por defender la fe católica contra el arrianismo, también fue excomulgado por el Papa. –Por el contrario, todos los santos que han buscado la reforma de la Iglesia la han procurado siempre por el camino de la obediencia. –Son muchas las comunidades católicas tradicionales que hoy están en plena comunión con el Papa, aceptan el Vaticano II y celebran la Liturgia antigua, respetando la nueva. –Son comunidades establecidas precisamente «aparte» de Mons. Lefebvre y de la FSSPX, como la Fraternidad Sacerdotal de San Pedro, la Fraternidad San Vicente Ferrer, el Monasterio benedictino de Le Barroux y el de Fontgombolt. –Pidamos al Señor la plena reintegración de la FSSPX en la unidad de la Iglesia.

Parte III

–Los filolefebvrinos se sienten muy dolidos. –Ha habido muchos comentarios favorables a Filolefebvrinos I y II. –Pero también han sido muchos los que en sus comentarios han combatido fuertemente contra estos artículos. –Les invito a explorar aquellos sitios de internet que han combatido mis artículos sobre el filo-lefebvrismo: Don Ángel David Martín Rubio, In diebus illis, infoCaótica, Martin Ellingham, Ex-Orbe, algún foro de Catholic.net, Asando la Manteca, Coronel Kurtz.

Parte IV

–El sagrado Concilio Vaticano II. –Se promulga finalmente con un gran acuerdo de los Padres. –La falsificación de sus doctrinas comenzó durante su misma celebración y se multiplicó grandemente en el postconcilio. –Es cierto que los errores y horrores habidos dentro de la Iglesia después del Concilio, sobre todo en el Occidente descristianizado, fueron y son innumerables. –Pero acusar al Vaticano II de esos enormes males es una gran falsedad, una calumnia y es una ofensa al Espíritu Santo. –Los errores modernos de los últimos cincuenta años no se han derivado nunca de los textos conciliares. –Credo in Ecclesia. La Iglesia católica, congregada por sus Obispos unidos al Papa, guarda siempre la verdad y los medios de santificación, sin que necesite para ello de actos cismáticos. –Después del Vaticano II los errores y abusos han sido denunciados desde dentro de la Iglesia católica. –Y han sido siempre los Papas del postconcilio los testigos más firmes de la verdad católica, y quienes han combatido con más fuerza los errores y males de la Iglesia presente. –Los diagnósticos más graves y autorizados de los males de la Iglesia actual los hemos encontrado siempre en los Papas. –«Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam et portæ inferi nos prævalebunt adversus eam». –La Iglesia católica, también después del Vaticano II, ha florecido en maravillas de gracia y santidad. –Jamás debe contraponerse una «Roma eterna» y una «Roma temporal», la de hoy. –Mons. Lefebvre, por el contrario, en el tiempo de los errores y horrores postconciliares se fue escandalizando cada vez más del Concilio, de los Papas, de la Liturgia renovada.

Parte V

–El diagnóstico exacto de una enfermedad es clave para lograr su sanación. –1970. Mons. Lefebvre funda la Fraternidad Sacerdotal San Pío X. –1974. Hace finalmente en Écône una declaración solemne de su rechazo de la «Iglesia conciliar». –1975. El rechazo absoluto de la nueva Misa es la causa principal de la supresión de la FSSPX. –1976. Mons. Lefebvre es supendido a divinis. –1987. Pasan los años y el enfrentamiento de la FSSPX con la Iglesia va llegando a una fase máxima. –La Fraternidad sacerdotal San Pío X y Roma, una importante conferencia de Mons. Lefebvre. –1988. Las ordenaciones cismáticas de cuatro Obispos de la FSSPX. –Hay que reconocer que, viendo la Iglesia como Mons. Lefebvre la veía, era lógico que ordenase Obispos. –El sermón de Mons. Lefebvre en las ordenaciones episcopales de 1988. Cuál es la situación actual de la FSSPX. –El motu proprio Summorum Pontificum (2007). –Levantamiento de las excomuniones de los Obispos de la FSSPX (2009). –Colaboremos con el Papa de todo corazón en su intento de lograr que la FSSPX retorne a la plena unidad de la Iglesia.

Parte VI

–1. No existe más Iglesia que la Iglesia actual y visible, presidida por el Papa y por los demás sucesores de los Apóstoles. El que no cree en «esta Iglesia» no cree en ninguna, porque no existe otra. –2. Credo in Ecclesiam. Es «la fe en la Iglesia», Mater et Magistra, la que nos abre la mente a todas «las verdades de fe» que ella enseña. –3. La enseñanza personal del Papa y la del episcopado universal que permanece unido a él, disperso por el mundo o reunido en concilio, es infalible cuando en materia de fe y costumbres propone a los fieles unas verdades para que las sostengan como de fe. –4. Es contrario a la Tradición católica rechazar públicamente las enseñanzas y normas establecidas por los Concilios, especialmente por los Concilios ecuménicos, aunque éstos hayan tratado predominantemente de asuntos pastorales y disciplinarios. –5. El lefebvrismo conduce al sedevacantismo. –6. El lefebvrismo se aproxima también en algunas cuestiones al «libre examen». –La Misa postconciliar del Novus Ordo (1970), promulgada por Pablo VI y recibida por todos los Obispos católicos, es verdadera, santa y santificante. –La Misa antigua y la Misa nueva, lamentablemente, se han visto duramente enfrentadas. –El nuevo rito de la Misa, celebrado con fidelidad, sentido de lo sagrado y desarrollo de todas las modalidades que ofrece, es grandioso y lleno de majestad y belleza. –No es tampoco cierto –aunque algo tiene de verdad– que el Misal antiguo dejase menos margen a la mala celebración que el nuevo. –Colaboremos con Benedicto XVI para alcanzar la Pax litúrgica. –Las dos formas de la Misa romana deben ser aceptadas por unos y por otros.

Parte VII

–Situación actual de la FSSPX. –1988. Juan Pablo II, carta apostólica Ecclesia Dei. –1999. Pontificia Comisión Ecclesia Dei (PCED). –2008. Aclaración de la PCED sobre la condición cismática de la FSSPX. –2009. Levantamiento de la excomunión de los Obispos de la FSSPX. –2009. Vinculación de la PCED a la Congregación de la Fe. –2011. Entrevista concedida por el Superior General de la FSSPX. –La Fraternidad lefebvrina va creciendo y se siente fuerte en su posición actual. –La situación cismática de la gran Comunidad lefebvrina se hace patente. –En la medida en que perduran en la Iglesia Católica los errores y abusos, la Fraternidad se autojustifica y desarrolla. –Reservas sobre la autoridad del Papa. –Reservas sobre la autoridad del Concilio Ecuménico Vaticano II. –La mala interpretación lefebvrina del Concilio Vaticano II en no pocas cuestiones muy graves es patente. –1. El teocentrismo del Decálogo es sustituido en la Iglesia conciliar por el antropocentrismo de los Derechos del hombre. –2. Una falsa igualdad ecuménica entre todas las religiones pretende llegar a «una especie de sincretismo que logre reunir todas las religiones». –3. La negación del Señorío de Cristo sobre las naciones es la causa de la laicización de los Estados. –Ciertos «gestos» de Juan Pablo II nos causaron profundo desagrado a no pocos católicos. –La reunión de Asís fue el gesto pontificio más abominado por Mons. Lefebvre. –La reintegración de la FSSPX en la Iglesia Católica no parece posible por ahora.

Parte I

–Mire usted que también este tema...

–El Señor me ayudará.

Quiero tratar de la actitud nociva de los *filo-lefebvrianos* dentro de la Iglesia católica, no sin antes describir muy brevemente la posición de *lefebvrianos* y *anti-lefebvrianos*. Trato especialmente de los *filo-lefebvrianos* porque nos quedan cerca, y rondan continuamente a los confesores y defensores de la ortodoxia católica.

—Los lefebvrianos consideran a Mons. Lefebvre como el San Atanasio de nuestro tiempo, y a la Fraternidad sacerdotal de San Pío X (FSSPX) como garante imprescindible de la ortodoxia doctrinal y litúrgica de la Iglesia. El Obispo lefebvriano Bernard Tissier de Mallerais, autor de una gran biografía de Mons. Marcel Lefebvre (1905-1991), entiende su vida «como una bella línea ascendente» (*Marcel Lefebvre, une vie*, Clovis 2002, 2ª ed.). Sacerdote misionero, Obispo de Senegal (1947), es elegido superior de la congregación de Espíritu Santo (1962). Dimite de este cargo para fundar en Écône, Suiza, la FSSPX (1970), que en el tiempo postconciliar se significa muy notablemente por su adhesión cerrada a la Misa antigua y por su oposición a algunas doctrinas del Vaticano II.

La Santa Sede aplica ciertas sanciones a él y a su Fraternidad. Firme en sus intentos, Lefebvre celebra en 1976 la «messe interdite» (la misa prohibida) ante 10.000 fieles y 400 periodistas. Y su nombre adquiere todavía más resonancia cuando en 1988, sin la autorización necesaria de la Santa Sede, ordena en Écône ante las televisiones de numerosas naciones a cuatro Obispos para el servicio de la Fraternidad. El Obispo consagrante y los cuatro ordenados incurrir por ello en pena de excomunión *latæ sententiæ*.

Tissier de Mallerais, rector un tiempo del Seminario de Écône y uno de los cuatro Obispos ordenados por Mons. Lefebvre, escribe la «fascinante biografía» de este «cavalier seul» en la Iglesia, y nos descubre «el misterio de un hombre que si tuvo una extraordinaria seguridad en sí mismo fue porque tuvo una extraordinaria seguridad en Dios» (*ib.* 10).

—Los anti-lefebvrianos distan extremadamente en doctrina y espíritu de Mons. Lefebvre y de la FSSPX, y sienten por ellos una gran aversión. Por eso protestaron con dureza cuando Benedicto XVI [levantó la excomunión de los Obispos lefebvrianos](#) (21-I-2009). Este acto ocasionó entre ellos una resistencia furiosa, pues están convencidos de que los lefebvrianos deben ser rigurosamente mantenidos fuera de la comunión eclesial. Incluso los Obispos de Alemania en una Declaración colectiva (5-III-2009) expresaron grandes reticencias sobre esta medida del Sucesor de Pedro. La resistencia que los anti-lefebvrianos presentaron fue tan grande que el mismo Papa estimó conveniente justificar el indulto en una [Carta posterior dirigida a todos los Obispos de la Iglesia](#) (10-III-2009):

«Este gesto discreto de misericordia hacia los cuatro Obispos», por múltiples razones «ha suscitado dentro y fuera de la Iglesia católica una discusión de una vehemencia como no se había visto desde hace mucho tiempo». Pero «la remisión de la excomunión tiende al

mismo fin al que sirve la sanción: *invitar una vez más a los cuatro Obispos al retorno*. Este gesto era posible después de que los interesados reconocieran en línea de principio al Papa y su potestad de Pastor, *a pesar de las reservas sobre la obediencia a su autoridad doctrinal y a la del Concilio*».

No deja de ser curioso que *precisamente aquellos que muestran la mayor dureza contra los lefebvrianos son precisamente quienes manifiestan una mayor indulgencia hacia tantos pastores y teólogos que ofenden gravemente la fe y la disciplina de la Iglesia*. Es indudable que esta grave falta de caridad eclesial *dificulta no poco el regreso de la FSSPX a la plena comunión de la Iglesia católica*.

Nosotros, obviamente, nos sentimos mucho más próximos a los lefebvrianos que a aquellos numerosos pastores y teólogos «católicos» que han perdido la fe, ya que niegan o ponen en duda la divinidad de Cristo, la virginidad de María, la unicidad de la salvación por Cristo, la presencia eucarística, la distinción real entre el sacerdocio ministerial y el común, la existencia de los ángeles, del purgatorio y tantas otras verdades de la fe católica.

Por el contrario, los seguidores de Lefebvre confiesan con nosotros esa «una sola fe» de la Iglesia, y por eso les tenemos estima, y denunciemos todo intento de demonizarlos, pues queremos favorecer su total reincorporación a la Iglesia. Sin embargo, no por eso olvidamos que, como dice Benedicto XVI, guardan ellos todavía «reservas sobre la obediencia a la autoridad doctrinal del Papa y a la del Concilio», y que por eso mismo deben «retornar» a la plena comunión de la Iglesia.

—Los filo-lefebvrianos comparten en mayor o menor medida las posiciones de los lefebvrianos. De ellos quiero tratar ahora con mayor amplitud. Por supuesto, vale para los lefebvrianos *a fortiori* la crítica que haré de los filo-lefebvrianos. Éstos son con frecuencia buenos y fieles cristianos, pero su filo-lefebvrismo, más o menos pronunciado, *les daña mucho y escandaliza* a no pocos católicos, sobre todo a los menos formados, suscitando en ellos confusión, desconfianza en el Papa, aversión al Concilio Vaticano II y a la liturgia actual de la Iglesia.

Los filo-lefebvrianos obstaculizan en gran medida el regreso de la FSSPX a la plena comunión con la Iglesia católica. Aunque pueda parecer una paradoja, es así. Ellos, sin ser lefebvrianos, *asumen gran parte de sus tesis principales, comprenden o incluso justifican* la ordenación de los cuatro Obispos, consideran algunos documentos del Concilio inconciliables con el Magisterio anterior, ven con aversión la Misa de forma ordinaria —llegando algunos a negar su validez—, condenan de forma implacable algunos gestos de Juan Pablo II y de la Iglesia en el postconcilio, y *de este modo, aunque no lo pretendan, están dando la razón a los lefebvrianos*, les fortalecen en sus posiciones, y por eso, sin duda, están dificultando gravemente su reincorporación a la plena comunión de la Iglesia católica. Consiguen de hecho justamente lo contrario de lo que pretenden.

He descrito ya someramente la fisonomía de los católicos filo-lefebvrianos. Pero ya se comprende que su identidad no puede ser definida con exactitud, pues se realiza en *innumerables grados*. Hay casos en que el filo-lefebvrismo no pasa apenas de ser una valoración grande, pero no del todo bien entendida, de la Tradición católica. Pero en otros casos, hay católicos próximos al lefebvrismo que casi se identifican con los lefebvrianos,



sobre todo cuando admiten como legítimas las causas que ocasionaron «el acto cismático» de la ordenación de los Obispos de la FSSPX.

Los filo-lefebvrinos, por supuesto, no reconocen en modo alguno su condición, como tampoco los semipelagianos admitían su semipelagianismo, ni los jansenistas reconocían serlo. Si les reprochamos algunas de sus actitudes, señalándoles, por

ejemplo, algunas palabras publicadas que nos parecen inconciliables con la plena fidelidad al Papa, al Vaticano II y a la Iglesia, es casi seguro que justificarán cerradamente su posición, con prolijidad de datos y argumentos, demostrándonos de modo indiscutible que *ellos no son lefebvrinos. Pero no nos demuestran que no sean filo-lefebvrinos*, que es lo que convendría que demostraran, respondiendo a las objeciones que les ponemos.

Limitaré aquí y ahora mis consideraciones a la ordenación ilegítima de los cuatro Obispos de la FSSPX, a la aceptación del Vaticano II y a ciertos gestos del Papa Juan Pablo II. Dejo en cambio de lado muchas otras quæstiones disputatæ en torno a la validez y licitud de la Misa postconciliar, el decreto Dignitatis humanæ, el cumplimiento del precepto dominical con la Misa de la FSSPX, el status actual de los lefebvrinos en la Iglesia, etc. Y paso al tema principal:

Los filo-lefebvrinos más extremos afirman con los lefebvrinos que «Mons. Lefebvre obró siempre con una conciencia buena y recta, también al ordenar Obispos. *Cuando la obediencia a ciertas normas de la Iglesia choca contra aquello que la conciencia muestra con certeza moral como Voluntad divina, debe seguirse la conciencia. Es el caso de Lefebvre, que se decide a quebrantar la ley canónica, viendo a la Iglesia en estado de extrema necesidad: “il s’agit d’une nécessité évidente... parce que Rome est dans les ténèbres” (Tissier 575) [1]. Él estima que sin la FSSPX el pueblo cristiano corre grave peligro de perderse, pues la Iglesia se aleja de la plena ortodoxia doctrinal y de la liturgia verdadera tradicional. En estas circunstancias, ordenar unos Obispos que mantengan la FSSPX, imprescindible para la salvación de la Iglesia, es un deber absoluto, pues “salus animarum suprema lex”».* A estas argumentaciones respondo dicendum:

Contraponer la ley de la Iglesia y la conciencia bien formada es una de las causas hoy más frecuentes de la degradación doctrinal y pastoral: con «buena conciencia», siempre que las circunstancias lo requieren, se celebran «misas» sin sacerdote, se practica en forma crónica en los matrimonios la anticoncepción, etc. Pero la fe católica nos enseña otra cosa. No está bien formada la conciencia que rechaza obedecer leyes gravísimas de la Iglesia, porque para que la conciencia personal sea recta y bien formada, no basta que se ajuste solo a sí misma (*auto-nomos*, autonomía de la conciencia), sino que debe obedecer a los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Mons. Lefebvre no podía tener clara conciencia de que la ordenación ilegal de los Obispos era la Voluntad de Dios. No podía confundir la Voluntad divina con la suya.

Ordenar Obispos sin permiso de la Santa Sede es un acto gravemente malo, que la Iglesia sanciona con la excomunión, y es también un sacrilegio, un abuso grave en materia de sacramentos (Catecismo 2120). Nunca, por tanto, puede justificarse esa acción por un fin noble, a no ser que condiciones extremas hagan imposible el cumplimiento de esta ley eclesiástica, como pudo suceder en algunas ordenaciones realizadas en China, cuando allí no era posible ni siquiera comunicarse con Roma: *ad impossibilia nemo tenetur*. Mons. Lefebvre, sin estar en circunstancias análogas, al ordenar cuatro Obispos para la FSSPX, desobedeció una ley muy importante de la Iglesia, y no solo hizo esas consagraciones sin el permiso del Papa, sino que las hizo contrariando conscientemente la voluntad expresa del Pastor universal de la Iglesia.

La ley de la Iglesia ordena: «a ningún Obispo le es lícito conferir la ordenación episcopal sin que conste previamente el mandato pontificio» (c. 1013). Tan grave es la prohibición, que el Obispo que eso hiciera y los ordenados «incurren en excomunión latæ sententiæ reservada a la Santa Sede» (c. 1382).

Juan Pablo II, dos días antes de aquellas ordenaciones, trata de disuadir a Mons. Lefebvre con una carta, que termina diciendo: «Os invito ardientemente a volver humildemente a la plena obediencia al Vicario de Cristo. No solamente os invito a ello, sino que os lo pido por las llagas de Cristo, que la víspera de su Pasión pidió por sus discípulos “a fin de que todos sean uno”. A esta petición e invitación uno mi plegaria cotidiana a María Madre de Cristo. Querido hermano, no permitáis que el año dedicado de una manera muy especial a la Madre de Dios traiga una nueva herida a su corazón de Madre. [Vaticano, 9 de junio de 1988](#), Juan Pablo II». Mons. Lefebvre resiste este mandato, presentado humildemente por el Papa como un ruego extremadamente apremiante.

Las ordenaciones episcopales de Mons. Lefebvre son, pues, un acto gravemente cismático. Pocos días después de realizadas, Juan Pablo II, en la Carta Apostólica-Motu proprio *Ecclesia Dei* (2-VII-1988), denunciaba con gran dolor la «ilegítima ordenación episcopal» realizada por Mons. Lefebvre, y decía:

«ese acto ha sido en sí mismo una desobediencia al Romano Pontífice en materia gravísima y de capital importancia para la unidad de la Iglesia, como es la ordenación de obispos, por medio de la cual se mantiene sacramentalmente la sucesión apostólica. Por ello, esa desobediencia –que lleva consigo un verdadero rechazo del Primado romano– constituye un acto cismático (canon 751). Al realizar ese acto [18-VI-1988], a pesar del monitum público que le hizo el cardenal Prefecto de la Congregación para los Obispos el pasado día 17 de junio, el reverendísimo mons. Lefebvre y los sacerdotes Bernard Fellay, Bernard Tissier de Mallerais, Richard Williamson y Alfonso de Galarreta, han incurrido en la grave pena de excomunión prevista por la disciplina eclesiástica (canon 1382)». El citado canon 751 citado por el Papa afirma que el cisma es «el rechazo de la sujeción al Sumo Pontífice».

El primer error-pecado de Lefebvre y de los lefebvrianos estuvo y está en el discernimiento condenatorio de la Iglesia presente y concretamente del Papa Juan Pablo II, como veremos en otro artículo.

Mons. Lefebvre en una reunión con sus más íntimos colaboradores: «On ne peut suivre ces gens-là, c'est l'apostasie, ils ne croient pas à la divinité de Notre Seigneur Jésus-Christ [...] Procédons au sacre!», a la ordenación de Obispos (Tissier 578) [2]. En un encuentro (1987)

con el Card. Ratzinger, prefecto de la Congregación de la Fe: «Le schisme? rétorque Mgr Lefebvre. Si schisme il y a, il est bien plus le fait du Vatican avec Assise et [...] c'est la rupture de l'Église avec son magistère traditionnel. L'Église contre son passé et sa Tradition, *ce n'est pas l'Église catholique*; c'est pourquoi *il nous est indifférent d'être excommuniés* par cette Église libérale, oecuménique, révolutionnaire» (ib. 576) [3]. «*Rome a perdu la foi, Roma est dans l'apostasie*, on ne peut faire confiance à ce mond-là» (ib. 577) [4].

El segundo error-pecado fundamental de Lefebvre y de los lefebvrianos estuvo y está en creer que ellos son necesarios para impedir que la Iglesia se derrumbe por un precipicio de errores heréticos y de liturgias sacrílegas. Eso es lo que piensan: *la Iglesia, en este momento de su historia, tiene para salvarse absoluta necesidad de nosotros. Nos vemos, pues, en la grave obligación moral de perdurar y crecer, lo que no es posible si no es ordenando Obispos. Por tanto, aunque ya sabemos que esto atenta gravemente contra la ley de la Iglesia y la voluntad expresa del Papa, sin embargo, a pesar de todo lo haremos. Realizaremos ese acto aun previendo que caerán sobre nosotros anatemas y excomuniones.* Y ahí tienen ustedes a no pocos filo-lefebvrianos, que justifican esa decisión o que al menos la comprenden con benevolencia –suspenden el juicio–, dañándose a sí mismos y escandalizando al pueblo de Dios.

En una entrevista con periodistas (9-XII-1983) Mons. Lefebvre había anunciado ya la ordenación de Obispos como una posible necesidad de conciencia: «Je pense quand même qu'apparemment ce serait un acte de rupture avec Rome, qui serait grave. Je dis encore "apparemment", parce que je pense que *devant Dieu il est possible que mon geste soit un geste nécessaire pour l'histoire de l'Église, pour la continuation de l'Église*, [...] du sacerdoce catholique. Alors je ne dis pas qu'un jour je ne le ferai pas, mais dans des circonstances encore plus tragiques» (Tissier 571) [5]. Étas se produjeron, a su juicio, en la reunión de Asís: «C'est diabolique... C'est une impiété inqualifiable envers Notre Seigneur Jésus-Christ» (ib. 563-564) [6].

Son falsas las premisas mayores que llevaron al cisma a la FSSPX. Y todos los males lefebvrianos procedieron y proceden de esos errores. El Señor no necesita de nadie para salvar su Iglesia, y por puro amor a ella, no por necesidad, emplea para ello normalmente la mediación de sus miembros, Pastores y fieles. Pero emplea precisamente la mediación activa de quienes, bajo la moción de su gracia, cumplen humildemente las leyes canónicas y los mandatos del Papa. Por el contrario, *quebrantando la ley de la Iglesia y resistiendo una voluntad que el Papa expresa con su autoridad de Pastor universal, no puede realizarse ninguna acción salvífica. Solo pueden producirse enormes daños a la Iglesia.* Los pastores que, sin pasar por la puerta, entran en el redil para apacentar el rebaño «son ladrones y salteadores» (Jn 10,1-9).

Es la Iglesia la que nos salva a nosotros. En la ignorancia de esta verdad tan central parecen coincidir los modernistas progresistas y los integristas más extremos. El Concilio Vaticano II la enseña claramente: solo la Iglesia «es necesaria para la salvación» (LG 14), solo ella es el «sacramento universal de salvación» (LG 48; AG 1). *No somos nosotros los que salvamos a la Iglesia*, por muchos aprietos que a veces sufra ella a causa de los errores, abusos y pecados de sus miembros. Se sale Mons. Lefebvre del esplendor de la verdad cuando piensa y dice que la ordenación de sus Obispos es «un geste nécessaire pour l'histoire de l'Église, pour la continuation de l'Église».

Con el favor de Dios, seguiré con el tema.

José María Iraburu, sacerdote

Traducción de los textos en francés

[1] Se trata de una necesidad evidente... porque Roma está en las tinieblas.

[2] No se puede seguir a esa gente, es la apostasía, no creen en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo... Procedamos a la consagración [de Obispos].

[3] ¿Un cisma? replica Mons. Lefebvre. Si es que hay un cisma, más bien está en el hecho del Vaticano en Asís y [...] está en la ruptura de la Iglesia con su Magisterio tradicional. La Iglesia contra su pasado y su Tradición no es ya la Iglesia católica; y por eso para nosotros es indiferente ser excomulgados por esta Iglesia liberal, ecuménica, revolucionaria.

[4] Roma ha perdido la fe, Roma está en la apostasía, no es posible poner la confianza en ese mundo.

[5] Pienso yo que aparentemente será un acto de ruptura con Roma, lo que será grave. Y digo que "aparentemente", porque pienso que ante Dios es posible que mi gesto sea un gesto necesario para la historia de la Iglesia, para la continuación de la Iglesia [...], del sacerdocio católico. Así pues, no digo yo que un día no lo haga, pero en unas circunstancias todavía más trágicas.

[6] Es algo diabólico... Es una impiedad incalificable hacia Nuestro Señor Jesucristo.

Parte II



—¿Ha visto usted qué escandalera ha producido su primer artículo sobre los filolefebvrianos?

—Bueno, el alboroto escandaloso no lo ha producido mi artículo, sino los filolefebvrianos, que se han visto retratados del natural. Lo que demuestra, por si alguno lo dudaba, que *haberlos, haylos*.

—Señalo brevemente algunos argumentos que los filolefebvrianos

aducen para justificar a Mons. Lefebvre y a la FSSPX, defendiendo las ordenaciones episcopales prohibidas y otras actitudes y palabras suyas contra el Concilio Vaticano II, contra los Papas y contra la liturgia del postconcilio. Los filolefebrianos toman esos argumentos de los lefebvrianos, y los hacen suyos, unos más y otros menos. Y hago notar en esto que tanto entre los lefebvrianos como entre los filolefebvrianos *hay grados muy diversos* en la fuerza de sus aprobaciones y condenas.

1. El principio del mal menor justifica a Mons. Lefebvre. *Ante un mal enorme, la perdición de la doctrina de la fe y la profanación de la liturgia, y un mal menor, la desobediencia material a una ley eclesiástica, Mons. Lefebvre se vió obligado a elegir entre dos males y, heroicamente –pues bien sabía que caería sobre él y sobre los Obispos ordenados la excomunión– optó por el mal menor. «Le lien officiel à la Rome moderniste n'est rien à côté de la préservation de la foi!» (Tissier 589) [1].*

—El fin no justifica los medios. Jamás. Nunca «hagamos el mal para que venga el bien» (Rm 3,8). —El principio del mal menor nunca justifica la comisión de una acción mala, como lo es una ordenación episcopal prohibida por la Ley de la Iglesia y por mandato expreso del Papa. —Obviamente, Mons. Lefebvre «no se vió obligado» a elegir entre dos males. No se daba *una necesidad de elegir*, porque otros medios había y hay para luchar, dentro de la obediencia al Papa y a la Iglesia, en favor de la ortodoxia doctrinal y de la mejor liturgia. — Muchos defensores de la ortodoxia en tiempos postconciliares han sufrido el martirio de unas persecuciones verdaderamente horribles —prohibiciones, por ejemplo, en un Seminario de rezar el rosario, arrodillarse ante el Santísimo, leer a Santo Tomás, etc.—, y libraron y libran su combate, perdiendo a veces por ello la salud y toda forma de prosperidad en su vida, sin acudir a la realización de «actos cismáticos». —Justificar una desobediencia gravísima a la Ley eclesial y al mandato del Papa por los presuntos buenos efectos que de ella se esperan es un consecuencialismo moral inadmisibile.

2. Gracias a Mons. Lefebvre y a la FSSPX se formó la Comisión Pontificia Ecclesia Dei (motu proprio Ecclesia Dei, 1988), gracias a ellos existen los grupos católicos a ella acogidos, y se salvó la Misa antigua (motu proprio Summorum Pontificum, 2007).

–Igual: *consecuencialismo* moral inadmisible. –Es indudable que Dios puede sacar el bien de los pecados que cometemos (Rm 8,28), y que «no hay mal que por bien no venga». Pero no por eso los pecados dejan de ser pecados, y los males, males. Como después veremos, otros grupos católicos tradicionales, adictos sin reservas al Concilio Vaticano II, a los Papas postconciliares y a la Liturgia antigua, se han mantenido en perfecta comunión con la Iglesia. Ellos, con otras fuerzas interiores de la Iglesia, han contribuido *positivamente* a la promulgación de los documentos pontificios *Ecclesia Dei* y *Summorum Pontificum*. Por el contrario, Mons. Lefebvre y la FSSPX han contribuido a ellos *negativamente*, manteniendo de modo pertinaz durante decenios reservas sobre la autoridad del Concilio y de los Papas postconciliares. Por eso el Papa Benedicto XVI, después de levantar las excomuniones de los Obispos, les llama «al arrepentimiento y a la vuelta a la unidad» (10-III-2009).

3. La decisión de Juan Pablo II de excomulgar a los Obispos lefebvrianos fue una opción pastoral, y por tanto no infalible. Se produjo partiendo de un discernimiento pastoral erróneo.

–La obediencia al Papa no se fundamenta en el convencimiento de que sus mandatos prudenciales son infalibles, sino en la fe de que por elección de Dios es Vicario de Cristo, Sucesor de Pedro, Pastor universal de la Iglesia. Es obvio, por ejemplo, que un sacerdote debe obediencia a su Obispo no por que crea que sus mandatos pastorales son de infalible prudencia pastoral, sino porque reconoce en el Obispo al Sucesor local de los Apóstoles, al portador de la Autoridad apostólica. *A fortiori* ocurre en la obediencia muy especialmente debida al Papa.

4. La excomunión de los Obispos lefebvrianos fue injusta, y por tanto inválida. Y fue revocable, como se ha podido comprobar recientemente, al levantar Benedicto XVI la excomunión.

–La excomunión intimada por el Card. Gantin, prefecto de la Congregación de los Obispos (17-VI-1988), el día anterior a las ordenaciones, y declarada por la Congregación después de su realización (1-VII-1988) y por el Papa Juan Pablo II en su carta apostólica *Ecclesia Dei* (2-VII-1988), no fue injusta y no procedió de un discernimiento equivocado, ya que fue automática, *latæ sententiæ*. –Por otra parte, el levantamiento de la excomunión no expresa en modo alguno un reconocimiento de que antes fuera injusta e inválida, sino que ha de entenderse como un «gesto de misericordia hacia los cuatro Obispos, ordenados válidamente pero no legítimamente», como se expresa en el mismo Decreto de levantamiento (21-I-2009) y en la Carta pontificia explicativa del mismo (10-III-2009).

5. Lefebvre reconocía el Primado romano, y justamente por eso no dió misión canónica alguna a sus Obispos auxiliares. «*Ce seraient mes auxiliaires, sans aucune juridiction, tout en pouvant avoir une fonction dans la Fraternité*» (Tissier 573) [2]. Esta actitud le eximía, pues, de la desobediencia. Lo que él pretendía era solamente asegurar la existencia de la FSSPX, necesaria «para la continuidad de la Iglesia» en la ortodoxia doctrinal y en la liturgia verdadera.

–Nadie puede dar lo que no tiene. Mons. Lefebvre *no podía* conferir misión canónica dentro de la Iglesia a sus Obispos, confiándoles, por ejemplo, una diócesis católica, como es obvio.
–La ley de la Iglesia ordena, bajo pena de excomunión, «no ordenar Obispos» sin autorización de la Santa Sede. Nada dice de la *missio* que normalmente va adjunta a la ordenación.

6. La obediencia ciega puede ser moralmente mala en ciertas circunstancias extremas. *En el caso de Mons. Lefebvre, enfrentado a una situación de degradación doctrinal, disciplinar y litúrgica de la Iglesia nunca antes conocida, había una obligación moral de conciencia de hacer prevalecer sobre toda Ley eclesiástica y sobre todo mandato personal del Papa la «lex suprema: salus populi». Como él decía: «Nous sommes en un temps dans lequel le droit divin naturel et surnaturel passe avant le droit positif ecclésiastique lorsque celui-ci s'y oppose au lieu d'en être le canal» (Tissier 494) [3]. Hay una «Roma eterna» y una «Roma temporal», y «c'est la Roma éternelle qui condamne la Rome temporelle. Nous préférons choisir l'éternelle» (ib.) [4]. «Le coup de maître de Satan a été de jeter toute l'Église, par obéissance, dans la désobéissance à sa Tradition» (ib.) [5].*

–Todos los herejes y cismáticos siguieron y siguen con absoluta convicción ese mismo principio. Pero nosotros lo rechazamos también con firmeza absoluta: es inconciliable con la doctrina de la Iglesia sobre la autoridad apostólica y la obediencia eclesial. –El mejor modo de servir al bien común del pueblo de Dios, *lex suprema, salus populi*, es orar y trabajar en perfecta fidelidad a la Ley eclesial y a los mandatos del Papa. La desobediencia eclesial nunca viene del Espíritu Santo. Y siendo el Señor el único Salvador de la Iglesia y del mundo, no dispone jamás la colaboración positiva de quienes resisten a la Iglesia y al Papa.

7. Mons. Lefebvre se equivocó en la ordenación de los Obispos, pero lo hizo por amor a la Iglesia. Su intención era buena, y su conciencia buena y recta. *Así argumentan los filo-lefebvrianos «más abiertos», aquellos que llegan a reconocer la «equivocación» de Mons. Lefebvre. En un acto de suprema magnanimidad, él vino a hacer suya la actitud de San Pablo: «siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón, porque desearía ser yo mismo maldito (anatema), separado de Cristo, en favor de mis hermanos», los judíos (Rm 9,1-5). «Conviene que un hombre muera por todo el pueblo, y no que muera todo el pueblo» (Jn 11,50).*

–Nunca es lícito procurar el bien espiritual de los otros con perjuicio del bien espiritual propio. Recordemos la doctrina de Santo Tomás sobre el orden de la caridad. La caridad es universal, se dirige a todos los seres, pero dada la limitación del hombre, en el ejercicio concreto de la caridad hay un orden objetivo de prioridades, que debe ser respetado (*STh* II-II,26,1). Entre Dios y nosotros, es claro que debemos amar a Dios más que a nuestra propia vida, nuestros familiares, amigos o bienes propios (Lc 14,26. 33). Entre nosotros y el prójimo, es indudable que debemos amarnos más a nosotros mismos, pues es Dios quien propone al hombre el amor a sí mismo como modelo del amor al prójimo; y el ejemplo es mayor que su imitación (II-II,26,4 sed contra). Y aunque en ocasiones el bien material del prójimo puede ser preferido al propio, por el contrario, el bien sobrenatural propio debe preferirse siempre al bien sobrenatural del prójimo. No es, pues lícito cometer el más leve pecado, aunque ello, presuntamente, trajera consigo un gran bien espiritual para nuestro hermano (26,4). Así han obrado y obran siempre los santos.

8. San Atanasio, por defender la fe católica en tiempos de enorme difusión del arrianismo en la Iglesia, fue excomulgado por el Papa. Y la pena de excomunión sufrida por Mons. Lefebvre y sus Obispos hay que entenderla en circunstancias e intenciones análogas.

–El caso histórico aludido no sirve como argumento. En primer lugar, porque Mons. Lefebvre no fue excomulgado por mantener doctrinas falsas, sino por realizar una celebración episcopal gravemente prohibida por la Ley y por el Papa. Y en segundo lugar, porque la excomunión de San Atanasio fue claramente inválida, al no ser firmada por el Papa libremente. Según el testimonio del propio San Atanasio, «Liberio, habiendo sido desterrado, cedió al cabo de dos años y, temiendo la muerte con la que le amenazaban, firmó» (*Historia Arrianorum ad Monachos* 4). El Papa Liberio, antes y después de esa excomunión, siempre apoyó a San Atanasio, superando terribles presiones y hasta intentos de soborno por parte del Emperador arriano.



Todos los santos que han buscado la reforma de la Iglesia la han procurado siempre por el camino de la obediencia. Y es preciso señalar que no pocos de ellos hubieron de vivir circunstancias de Iglesia tan espantosas –aunque quizá no tanto– como las que hubieron de vivir en el postconcilio muchos católicos del Occidente descristianizado, cuando en no pocas Iglesias locales había Obispos, sacerdotes y teólogos empeñados al parecer en destruirles la fe y en separarles por completo de las tradiciones doctrinales y espirituales de la Iglesia católica.

San Francisco de Asís prohibía a sus frailes predicar el Evangelio sin el permiso del Obispo o del párroco, y prestaba obediencia absoluta al Papa: «puesto de rodillas, prometió humilde y devotamente al señor papa obediencia y reverencia» (*Leyenda tres compañeros* 52). San

Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús se afirmaban siempre en sus *18 Reglas para sentir con la Iglesia* (*Ejercicios* 352-370). Santa Teresa de Jesús declaraba: «tengo por muy cierto que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios, a alma que de ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en la fe [...] y que siempre procura ir conforme a lo que tiene (mantiene) la Iglesia» (*Vida* 25,12). «En cosa de la fe contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba [...] me pondría yo a morir mil muertes», antes que desobedecer (33,5). Los santos jamás concibieron siquiera la posibilidad de que una desobediencia grande o pequeña a la Ley eclesial y a los mandatos del Papa pudiera causar algún bien para la reforma de la Iglesia.

—Son muchas las comunidades católicas tradicionales, que en perfecta comunión con el Papa y la Iglesia, aceptan sin reservas el sagrado Concilio Vaticano II, profesan la doctrina tradicional y, con las debidas licencias, celebran normalmente la Liturgia antigua, respetando al mismo tiempo la Liturgia postconciliar. En este sentido, puede decirse que la *Fraternidad Sacerdotal San Pío X*, en el momento presente, se ha quedado prácticamente sola en su deficiente comunión con la Iglesia católica. *Presento a continuación una lista, probablemente incompleta, y quizá inexacta en algún caso, de las Comunidades religiosas y sacerdotales que siguen actualmente la liturgia tradicional en unión plena con Roma.* Algunas de ellas celebran la Liturgia en las dos formas del rito latino.

Abadía Notre Dame de Fidélité de Jouques, Abadía Notre Dame de Miséricorde de Rosans, [Abbaye Notre-Dame de l'Annonciation](#), [Abadía Sainte-Madeleine de Le Barroux](#), [Abadía Notre Dame de Fontgombault](#) y sus casas filiales: [Abadía Notre Dame de Randol](#), [Abadía Notre Dame de Triors](#), Abadía Notre Dame de Donezan, y [Abadía Notre Dame de Clear Creek](#); Administración Apostólica San Juan María Vianney, [Adoratrices del Corazón Real de Cristo Rey Sumo Sacerdote](#), [Benedictinas de María, Reina de los Apóstoles](#), [Benedictinos de la Inmaculada](#), [Canónigos Regulares de la Madre de Dios](#), [Canónigos Regulares de la Nueva Jerusalén](#), [Canónigos Regulares de San Juan Cancio](#), Clarisas de la Inmaculada, [Comunidad Misionera de Jesús](#), [Confraternidad de Cristo Sacerdote](#), [Dominicas del Espíritu Santo](#), [Fraternidad de la Divina Misericordia](#), [Fraternidad Sacerdotal de San Pedro](#), [Fraternidad San Vicente Ferrer](#), [Fraternidad Santo Tomás Becket](#), [Hermanitas de la Consolación](#), [Hermanos Ermitaños de la Santísima Virgen María del Monte Carmelo](#), [Hijos del Santísimo Redentor](#), [Instituto Cristo Rey Sumo Sacerdote](#), [Instituto del Buen Pastor](#), [Instituto Inmaculado Corazón de María y San Miguel Arcángel](#), [Instituto San Felipe Neri](#), [Instituto Santa Cruz de Riaumont](#), [Misioneros de la Misericordia Divina](#), [Monjes Carmelitas del Inmaculado Corazón de María](#), [Oasis de Jesús Sacerdote](#), Religiosas Víctimas del Sagrado Corazón de Jesús, mis nietos de [Schola Veritatis](#), [Siervos de Jesús y María](#), [Siervos Reparadores del Corazón Eucarístico de Jesús](#).



Los ritos de la Liturgia tradicional, tan duramente impugnados durante decenios, han sido elegidos por todas esas comunidades por tres causas fundamentales: 1.- por la profundidad doctrinal y la belleza sagrada del Rito antiguo; 2.-para testimoniar la continuidad homogénea de las formas litúrgicas de la Iglesia; y 3.-para favorecer la reconciliación interna de la misma Iglesia, que con ocasión de la renovación litúrgica postconciliar hubo de sufrir muy duras tensiones. Son los fines, precisamente, pretendidos por Benedicto XVI en su motu proprio *Summorum Pontificum* (2007). La existencia de estas comunidades en la Iglesia es hoy tanto más valiosa cuanto mayor es el rechazo del motu proprio *Summorum Pontificum* en no pocas Iglesia locales del Occidente descristianizado. Es un rechazo tan grande como el que en su día halló la *Humanæ vitæ* e igualmente lamentable.

El nacimiento de algunas de estas comunidades tradicionales nos muestra claramente que la Pontificia Comisión *Ecclesia Dei* no se constituyó gracias a Mons. Lefebvre y a la FSSPX, sino precisamente para acoger a los que abandonaban la Fraternidad a causa de la ordenación y excomunión de sus Obispos. El motu proprio *Ecclesia Dei afflicta* (2-VII-1988) establece:

«se constituye una Comisión con la tarea de colaborar con los obispos, con los dicasterios de la Curia Romana y con los ambientes interesados, *para facilitar la plena comunión eclesial* de los sacerdotes, seminaristas, comunidades, religiosos o religiosas, que hasta ahora estaban ligados de distintas formas a la Fraternidad fundada por el arzobispo Lefebvre, y *que deseen permanecer unidos al Sucesor de Pedro en la Iglesia Católica, conservando sus tradiciones espirituales y litúrgicas*».

Merece la pena que comente brevemente la historia de alguna de esas comunidades, que tienen como denominador común la sana doctrina, la alegría, la sagrada liturgia antigua y el gran número de vocaciones.

La Fraternidad Sacerdotal de San Pedro (FSSP) nació con ocasión de las ordenaciones episcopales realizadas por Mons. Lefebvre. Su segundo asistente, el P. Josef Bisig, abandonó la FSSPX con quince sacerdotes y una quincena de seminaristas. Recibido por Juan Pablo II (5 y 6 de julio), fue confortado por el Papa en su intento de formar una nueva Fraternidad, que nació el 18 de julio en la antigua Abadía cisterciense de Hauterive, próxima a Friburgo. Después de poco más de veinte años de existencia, la FSSP está presente en más de 100 diócesis, repartidas en 17 países y cuatro continentes. Su principal implantación se da en Alemania con 24 comunidades, en Suiza con 8 y en Austria con 5.

Mons. Lefebvre se sintió muy herido por la salida del P. Bisig de la FSSPX, y escribió a un sacerdote (18-III-1989): «Il est évident qu'en se mettant dans les mains des autorités actuelles conciliaires, ils admettent implicitement le concile et les réformes qui en sont issues [...] Leur parole est paralysée par cette acceptation. Les évêques les surveillent» (Tissier 600) [\[6\]](#).

La Fraternidad San Vicente Ferrer (FSVF) fue iniciada por el P. Louis-Marie de Blignières (1949-), que realizó sus estudios sacerdotales en la FSSPX, y que fue ordenado sacerdote en 1977 por Mons. Lefebvre. En 1979 funda en Chéméré-le-Roi, en Mayenne, una nueva comunidad religiosa de inspiración dominicana. Y en 1988 la FSVF es erigida canónicamente como Instituto Religioso de Derecho Pontificio y realiza sus primeras ordenaciones sacerdotales.

Esta Fraternidad, orante, estudiosa y apostólica –dominicana–, profundamente arraigada en la tradición, el tomismo y la liturgia antigua, al mismo tiempo afirma las verdades católicas, sobre todo las más silenciadas, y mantiene una actitud crítica hacia ciertas desviaciones hoy frecuentes en la Iglesia. En las publicaciones de la FSVF, y concretamente en la revista *Sedes Sapientiae*, que el P. de Blignière dirige, pueden hallarse numerosos estudios que demuestran la continuidad homogénea del Magisterio de la Iglesia, no alterada por el Vaticano II, hasta nuestros días.

El Monasterio benedictino de Le Barroux, a través de su Abad Dom Gérard Calvet, estuvo muy vinculado a Mons. Lefebvre y a la FSSPX, pero se distanció por completo con ocasión de las ordenaciones episcopales prohibidas. Dom Gérard, con el acuerdo unánime de su comunidad, escribió al Papa: «Rechazamos toda idea de separarnos de la Iglesia por la aprobación de una ordenación episcopal conferida sin mandato apostólico» (8-VII-1988) (Tissier 599).

Le Barroux floreció notablemente, y ya hacia el 2000 había cerca de [70 monjes en su comunidad](#). Un grupo de ellos salió para fundar el Monasterio de Sainte-Marie de La Garde (2002).

El Monasterio benedictino de Fontgombault fue fundado en 1948 por una veintena de monjes de Solesmes. En 1989 obtuvieron de Juan Pablo II licencia para celebrar habitualmente la Liturgia tradicional. Su comunión con Roma ha sido siempre plena. Y actualmente es quizá el Monasterio benedictino más floreciente de toda la Iglesia, con sus 70 monjes. Ha realizado varias fundaciones: en Francia, la Abadía Nôtre Dame de Randol (1971), la Abadía Nôtre Dame de Trioris (1984) y la Abadía Nôtre Dame de Donezan (antes Gausan) (1994); y en Estados Unidos, Nôtre Dame de Clear Creek (priorato en 1999, y abadía en 2010).

Pidamos al Señor la reintegración de la FSSPX a la unidad de la Iglesia. Éste ha sido el fin principal pretendido por Benedicto XVI al levantar la excomunión que pesaba sobre los Obispos lefebvrianos. Así lo explicaba él mismo: «la remisión de la excomunión tiende al mismo fin al que sirve la sanción: *invitar una vez más a los cuatro Obispos al retorno*» (10-III-2009). De ello he de tratar, con el favor de Dios, en el próximo artículo.

Oremos, oremos, oremos.

José María Iraburu, sacerdote

[Índice](#) de Reforma o apostasía

Traducción de los textos en francés

[1] La vinculación oficial con la Roma modernista no es nada, si lo comparamos con la preservación de la fe.

[2] Serían mi auxiliares, sin ninguna jurisdicción, pudiendo tener una función en la Fraternidad.

[3] Vivimos en unos tiempos en los que el derecho divino natural y sobrenatural precede al derecho positivo eclesiástico cuando éste se opone a aquél, en lugar de ser su canal.

[4] La Roma eterna condena la Roma temporal. Por eso preferimos elegir la eterna.

[5] La jugada maestra de Satán ha sido llevar a toda la Iglesia por la obediencia a la desobediencia a su Tradición.

[6] Es evidente que poniéndose en manos de las autoridades actuales conciliares, aceptan implícitamente el concilio y las reformas que le han seguido... Su palabra queda paralizada por esta aceptación. Los obispos les vigilan.

Parte III

–¿Y ahora, después del tremendo barullo que ha armado usted con lo de los filolefebvrianos, qué hacemos?

–*Ad primum*: el barullo no lo he armado yo, sino ellos, que yo escribí con orden y paz, con datos y argumentos, y sin mencionar ni insultar a nadie. *Ad secundum*: conviene pensar y escribir con calma, y eso exige ahora esperar unos cuantos días o semanas a que pase la tormenta.

Este artículo de ahora viene a ser, pues, un descanso reflexivo, una pausa. Relajémonos un poco, en el mejor sentido del término.

Yo he descrito en dos artículos, sin nombrar a personas o grupos concretos, un catolicismo vinculado más o menos a Mons. Lefebvre, que adolece de graves desviaciones en algunas importantes cuestiones. Y algunos, auto-identificándose con la descripción, se han sentido ofendidos, han protestado en diversos medios de internet con gran energía y agresividad, publicando una avalancha de argumentos y documentos contra mis artículos.

Se sienten muy dolidos. *Y se comprende perfectamente. Los filo-lefebvrianos están acostumbrados a ser impugnados por los progre-modernistas, en una palabra, por los herejes; pero no por católicos tradicionales como yo.* A los ataques de los progresaurios ya están acostumbrados; pero quedan totalmente descolocados y perplejos cuando reciben de pronto la impugnación de uno que, como yo, describe exactamente sus errores, después de haber escrito en este mismo blog más de un centenar de artículos en los que denuncio los abusos e infidelidades que se producen frecuentemente en las Iglesias del Occidente descristianizado, y en los que critico a Marciano Vidal, Anthony De Mello, Olegario, Borobio, Flecha, Schillebeeckx, Haight, Sobrino, Rahner, Küng, Pagola, etc.; y en los que, más aún todavía, rechazo los errores de los luteranos, de los quietistas y, lo que ya es el colmo, de toda la piadosa corte aparentemente correcta de semipelagianos, que hoy quizá son mayoría entre los buenos católicos. Puede repasarse el Índice de *Reforma o apostasía* para comprobar que digo la verdad.

Los contradictores de mis artículos parecen no entender que una cosa es ser tradicional y otra ser lefebvriano o filolefebvriano. *Los católicos, para ser católicos, hemos de ser todos tradicionales, como también hemos de ser al mismo tiempo bíblicos y fieles al magisterio apostólico* de todos los Concilios y del Papa. «Tradición, Escritura y Magisterio de la Iglesia, según el plan prudente de Dios, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros» (Vaticano II, DV 10). Por eso de ningún modo criticamos a los lefebvrianos o filolefebvrianos por su amor a la Tradición católica, sino porque, actuando y pensando contra ella, –admiten las ordenaciones episcopales cismáticas, realizadas contra la Ley de Iglesia y la voluntad expresa del Papa, –mantienen durante varios decenios, y todavía hoy, «reservas sobre la obediencia a su autoridad doctrinal [del Papa] y a la del Concilio» (Benedicto XVI, 10-III-2009), –y resisten contra la Liturgia católica en su forma ordinaria actual, que es la renovada en 1970 por Pablo VI, como si fuera inconciliable con la liturgia antigua.

Entendemos los sufrimientos de Mons. Lefebvre y de sus seguidores ante las infidelidades doctrinales, disciplinares y litúrgicas habidas en la Iglesia, y participamos del mismo dolor. Éste es el tema del presente blog, *Reforma o apostasía*. Pero no aceptamos aquellos aspectos del lefebvrismo que, como dice Benedicto XVI en la carta citada, necesitan «arrepentimiento y la vuelta a la unidad. Por desgracia, veinte años después de la ordenación [causa de las excomuniones hace poco levantadas] este objetivo no se ha alcanzado todavía».

Ha habido muchos comentarios favorables a Filo-lefebvrianos -I y -II, y me han alegrado especialmente aquellos que proceden de mis compañeros más próximos.

–*Juanjo Romero*: «Por los comentarios ya se ve que era un “poste” muy necesario. Lo suscribo de la cruz a la raya. Muchísimas gracias. Me tomo la licencia de publicarlo en conoZe.com».

–*Bruno Moreno*: «Muy bueno el artículo, que suscribo de principio a fin».

–*Eleuterio Fernández*: «Me parece la suya una explicación más que importante al respecto del asunto de los llamados “filolefebvrianos” que debería hacer callar muchas voces».

–*Luis Fernando Pérez Bustamante*: «Como director de InfoCatólica hago mío este post del P. Iraburu. Hacía mucha, muchísima falta un texto como éste».

–*Guillermo Juan Morado*: «Muchas gracias por este artículo tan claro y valiente. El ejemplo de los santos, al que usted alude, es una “prueba de fuego”».

–*Miguel Vinuesa*: «Las puntualizaciones hechas aquí ya no responden a la mera opinión. Son hechos».

–*Daniel Iglesias*: «Muchas gracias, P. Iraburu. Excelente artículo».

–*José Miguel Arráiz*: «Otro clásico que tomaré con su permiso padre para enriquecer ApologeticaCatolica.org».

–*Nelson Medina*: «Esclarecedor. Útil. Referencia obligada cuando se hable de estos temas».

–*Ricardo de Argentina*, lo cito como digno representante de los numerosos comentaristas amigos de InfoCatólica: «Este post suyo, monumental a mi pobre juicio, va a hacer muchísimo a favor de la reintegración plena de la Fraternidad al seno de la Iglesia». No les cuento todo lo que mi pobre *ego* ha engordado con éstos y otros elogios, ya que se lo pueden imaginar.

Pero también son muchos los que en sus comentarios han combatido fuertemente contra estos artículos sobre el filolefebismo y contra su autor. Y también, por el mismo precio, han cargado algunos muy duramente contra InfoCatólica. Comienzo por citar algunos de los comentarios a los artículos *Filo-lefebvrianos-I* (138) y *-II* (150), que estuvieron abiertos unos tres días cada uno. Recojo algunas frases más significativas.

–*Cipitria*: «Está disparando usted contra molinos de viento, refugiándose en adversarios que no existen, para argumentar con pereza... Decepcionante infoCatolica y muy hábil diviendo a la Iglesia. Eso es muy grave».

–*In diebus illis*: «Denos soluciones porque esto se derrumba, usted guarda la ropa y el resto nos toca bregar contra los frutos del modernismo implantado y consentidos desde la cabeza de la Iglesia Romana». «Usted... intentaría justificar que se puede ser tradicionalista adminitiendo una misa bastarda. ¿Por qué no hace un examen comparativo del nuevo happening protestante con la verdadera misa católica?». Misa bastarda y verdadera Misa católica...

–*Lucas*: «Sigue usted sin aclarar cuál es el motivo que le ha llevado a publicar su serie sobre los filo-lefebvrinos, ni sin definir lo que es un filo-lefebvrino. La Santa Sede lleva años en un proceso de acercamiento con los cuatro Obispos de la FSSPX ¿y va usted y publica este artículo?».

–*Lautaro*: «Padre Iraburu: Lo he seguido durante años; he repartido sus obras entre mucha gente, por el bien que hacía Ud. ... Déjeme Ud. decirle que lo considero un hipócrita y un cobarde. Romperé todas sus obras y las reemplazaré por las de alguna persona que no se parezca tanto a los fariseos de los tiempos de N. Señor... Me confirman que ha hecho Ud. todo esto como un “servicio” bien remunerado, precisamente por ser quién es, y que ha partido más de su soberbia que de su entendimiento».

–*Fernando*: «Me pregunto qué busca el padre Iraburu con este ataque frontal, extemporáneo e inicuo contra la Fraternidad... ¿Debía algún favor que tuvo que pagar?»

–*Longinus, Lefebvrista*: «Los últimos eventos de la Iglesia justifican plenamente las acciones de Msr. Marcel Lefebvre, ergo la beatificación de Juan Pablo II, la reunión de Asís... oro porque NO se llegue a la plena comunión, si es que el resultado va a ser la demolición o emasculación de la Fraternidad de San Pío X, lo que ya ha pasado repetidas veces con otros institutos Tradicionales».

–*Piel de Toro*, en referencia a un texto en que yo había citado al «sagrado Concilio Vaticano II», comenta: «Don José María, solo decirle que casi me desmayo leyendo lo del “sagrado” CVII. “Sagrado»? Por favor, nos lo puede explicar lo de “Sagrado”?!!!!!!»

–*un sacerdote catolico*: «Es evidente, los hechos y muchos textos lo prueban, que los papas desde Juan XXIII están imbuidos de un espíritu liberal, progresista. Desde Juan XXIII la Francmasonería tiene los papas que esperaba. No solamente los papas, sino también buena parte de la jerarquía. Los últimos y próximos hechos de Benedicto XVI lo prueban ampliamente (libro “Luz del mundo” con una posición dudosa sobre el preservativo, anuncio del próxima beatificación de JP II el papa más escandaloso de la historia de la Iglesia, y el anuncio de la próxima reunión de Asís, insulto supremo a NSJC único salvador). El padre Iraburu esta de acuerdo que existe modernistas progresistas al interior de la Iglesia. Pero por una ceguera voluntaria se niega a considerar que también el papa puede ser modernista».

Les invito a explorar también aquellos otros sitios de internet que han combatido mis artículos sobre el filo-lefebvrismo. Sus artículos, y algunos de los comentarios que



los refuerzan, pueden ayudarles a conocer mejor, en vivo, la realidad *real*, no fingida, no inventada, del mundo lefebvriano y filo-lefebvriano, así como la variedad multiforme de sus modalidades. Mientras yo descanso y rezo, reflexiono y preparo con calma mi *Filo-lefebvrianos-IV*, pueden ustedes asomarse, si el tema les interesa, a los lugares que paso a indicarles.

–Don Angel David Martín Rubi publica en su blog de *Religión en libertad* dos artículos de un tal Petrus Hispanus, autor anónimo muy próximo a él, por lo visto: [Filo-lefebvrianos. Una respuesta a D. José](#)

[María Iraburu](#) y [El espléndido aislamiento de D. José M^a Iraburu](#). No los comento, porque tienen una argumentación muy pobre. Sí, en cambio, conviene destacar la imagen que ilustra el segundo artículo, y que he reproducido en este mío: Pablo VI, quejoso de que «el humo de Satanás está entrando en la Iglesia», es quien realmente lo está fomentando al haber promulgado el *Novus Ordo* litúrgico postconciliar, «la Misa bastarda» de que hablaba aquel comentarista ya citado.

No entiendo bien en qué sentido Don Ángel David Martín Rubio alude al *espléndido aislamiento de D. José M^a Iraburu*. De un lado, son numerosos los que han apoyado mis artículos; y de otro lado, mucho más importante, gracias a Dios, estoy en comunión plena con unos 4.000 Obispos católicos unidos al Papa, y tengo muchos amigos. ¿Cómo explica Don Ángel David mi aislamiento?... Esto me recuerda a un locutor inglés que, hace cuarenta años, anunció por la radio: «en el canal de la Mancha un gran banco de niebla mantiene aislado al continente europeo».

–[In diebus illis](#) reproduce esos dos artículos, indicando su origen, y cambiándoles título e imágenes: *Adversus Iraburu: o cómo se arría la bandera* y *Adversus Iraburu II: o como la burra vuelve al trigo*. Los introduce diciendo que yo soy como «caña agitada por el viento» (Lc VII,24)», que ataco al «hombre que salvó la doctrina, la Tradición, el sacerdocio católico y el Santo Sacrificio frente a la ruina que se cebaba en el resto de la Iglesia. Con la complicidad de grandes cardenales y grandes obispos y teólogos que callaban y se tragaban el sapo. Estos cómplices, línea media, cobardes, que destilan los textos del CV2 para intentar hacerlos compatibles con la verdadera ortodoxia católica [desvergonzados], son los que más daño hacen a la Iglesia».

La imagen que he puesto –la CEE nos quita la fe– está tomada de este blog, que como se ve, es sumamente primario. Al final de los dos artículos que reproduce, da los enlaces a infoCaótica que indico a continuación.

Cortesía de José María Iraburu para [ApologeticaCatolica.org](#)
De su blog [Reforma y apostasía](#) en [Infocatólica](#)

–**infoCaótica** es un blog nacido para combatir mis artículos sobre los filolefebvrianos y, me figuro, que contra InfoCatólica en general. InfoCatólica comunicó el nacimiento de infoCaótica en su blog *La Caverna*, con un artículo de *Arqueológicus Brutote*, eminente cavernícola, titulado [*Se amplía el negocio*](#). Este nuevo sitio comenzó su andadura publicando [*Glosas al último \(Deo volente\) artículo del P. Iraburu \(I\)*](#), [*Glosas al último \(Deo volente\) artículo del P. Iraburu \(II\)*](#) y [*Glosas al último \(Deo volente\) artículo del P. Iraburu \(III\)*](#).

Hay que confesar que estos infocaóticos son eruditos, discurren mucho, aunque no bien, y argumentan con una sofisticada dialéctica, que recuerda a aquellos rabinos que interpretando el Talmud «colaban un mosquito y se tragaban un camello» (Mt 23,24). Son capaces de contarle los pelos a un conejo, pero no distinguen un toro de una vaca. Bruno Moreno los retrata muy bien en [*De perdices mareadas, cismas y lefebvrianos*](#).

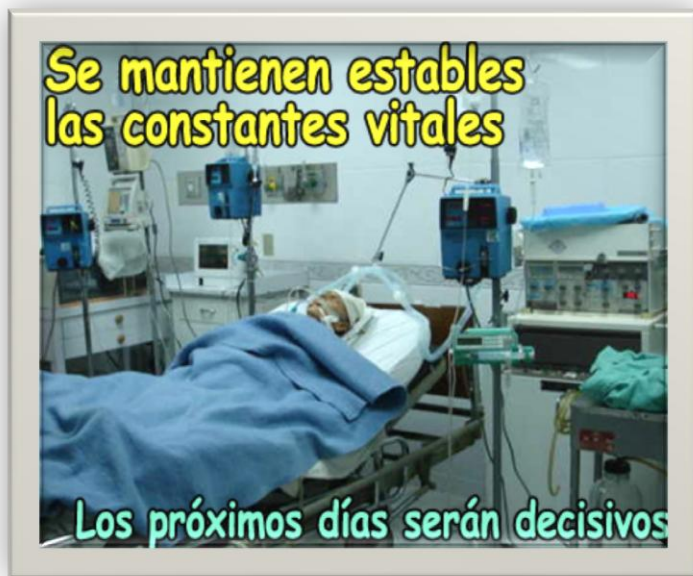
Estos infocaóticos justifican, por supuesto, las ordenaciones episcopales de Mons. Lefebvre, y no ven en ellas desobediencia alguna. Apoyan sus argumentaciones en los más sólidos pilares. –*Santo Tomás de Aquino* enseña que la ley injusta no obliga, y que puede ser obligatorio resistirla en conciencia (*STh* I-II, 96,4). La obediencia, si cae en el exceso, se hace servil (II-II, 104,2). –*San Roberto Bellarmino* dice que «a aquel que tratase de destruir la Iglesia, es lícito resistirle, no haciendo lo que manda e impidiendo la ejecución de su voluntad» (*De Romano Pontifice* II, 29). –*El Card. Charles Journet*: «Uno puede imaginar la realización de un acto canónico, con toda buena fe, que en realidad sea contrario a la ley natural o evangélica. En tal caso, la obediencia será imposible, y será mejor aceptar la excomunión con fe y humildad».

Los infocaóticos aplican estos altos y nobles principios al caso extremo de Mons. Lefebvre, que ordena Obispos viendo necesaria la Fraternidad de San Pío X para asegurar «la continuidad de la Iglesia». Empeñados los Papas postconciliares en la destrucción de la Iglesia, y exigiendo la ley canónica y el mandato del Papa un acto contrario a la ley evangélica, supo Lefebvre resistir los mandatos injustos, también el del Papa, y evitando una obediencia servil, hizo lo que exigía el bien de la Iglesia, aceptando la excomunión humildemente. Una excomunión, que al ser radicalmente injusta, era inválida... Qué esfuerzos formidables realizan estos grandes ingenios infocaóticos, tan dignos de ser empleados en mejores causas.

–**Martin Ellingham** cuelga en el portal de documentos *Scribid.com* su artículo [*24 tesis anti-filolefebvrianas*](#). Las publicó también en el blog [*Wanderer*](#). Y las enlazó también desde un hilo que abrió en los foros generales de discusión de [*Catholic.net*](#). Estas 24 tesis de Ellingham, haciendo parodia de mi pensamiento –recurso en principio aceptable en las polémicas–, muestran a qué consecuencias tan absurdas puede llevar.

La tesis 12, por ejemplo, dice: «Desde la perspectiva de la moral cristiana toda desobediencia es “cisma material”. Así, por ejemplo, los clérigos que no cumplen la obligación de llevar trajeeclesiástico incurren en el pecado de “cisma –material”». Si mi pensamiento lleva a esa estupidez, es claro indicio de que tengo que rehacer mi pensamiento. Ay, madre: a mis años.

–**Ex-Orbe**, uno de los varios blogs de un agudo escritor, que aquí firma *Terzio*, publica [*Sobre un articulete del p. Iraburu*](#). Comienza con un elogio de mi pobre persona, para pasar en seguida a afirmar que la degradación postconciliar en modo alguno halló



resistencia suficiente en «el formidable figurón» de Don Marcelo y los toledanos, ni en el padre Rivera o el padre Mendizábal, ni tampoco en el juanpablismo. Ni tampoco en mí y mis análogos. Yo le parezco «un tanto patético, caballero de la triste figura, lanza en ristre». La verdadera resistencia se centró y centra en los lefebvrinos. Él no se identifica del todo con ellos, pero me reprocha: «Minar a los resistentes es

una forma de aliarse, se reconozca o no, con el enemigo... Yo prefiero admirar a los del castillo, lo confieso... Tengo claro, muy claro, que no son el enemigo. Todo lo contrario».

–**Catholic.net** es el sitio en el que *Miles dei* abre un foro de discusión muy prometedor, [El Padre Iraburu y los filo-lefebvrinos](#), pero solo duró un día, ya que fue cerrado por la nueva Directora de Catholic.net, Sra. Mayra Novelo. Dios se lo pague.

–**Asando la Manteca** es el blog donde *Museros* nos explica en [Filomeno, a mi pesar](#) que entre los protestantes y la FSSPX lefebvrina hay una gran diferencia. Nos lo sospechábamos.

–**Coronel Kurtz**, en su artículo [Correo recibido: Cuando un moralista escribe a pedido sobre lo que no sabe](#) viene a afirmar eso: 1º, que el abajofirmante escribe «a pedido» (yo le rogaría que me diga, por favor, a pedido de quién, para poder pasarle la factura: no olvide darme su NIF); y 2º, que escribo «de lo que no sé». En tales condiciones mis artículos caerán inevitablemente en abismos de oscuridad y estupidez.

Ya ven ustedes cómo está el patio de [lefebvrinos](#), filolefebvrinos y compañeros de ruta. Y una vez visto, ya me dirán ustedes también si no era y es necesario decirles unas cuantas verdades: por amor a ellos y por amor a la Iglesia. Pero no me lo podrán decir ustedes en la Sala de Comentarios, ya que en esta ocasión la dejo cerrada. Estar dos o tres días pendiente de la moderación de los comentarios es muy laborioso, y lo que yo necesito ahora es descanso, oración, reflexión, calma, salir de la UCI después de ser el epicentro de una tormenta internética tan fuerte, y preparar cuidadosamente, con el favor de Dios, el *Filo-lefebvrinos-IV*.

Acompañenme con su oración.

José María Iraburu, sacerdote

Parte IV



—¿Y ahora qué hacemos? Mire usted lo que dicen en...

—Tranquilo. Bendigo al Señor en todo momento y su alabanza está siempre en mi boca. ¿Vale con eso?

En el artículo precedente expuse que la enfermedad lefebvriana tenía como causas principales un discernimiento condenatorio de la Iglesia postconciliar y de sus Papas, y una convicción de que la Fraternidad San Pío X era necesaria e imprescindible para la continuidad de la Iglesia. Una síntesis histórica vino a confirmar este diagnóstico. Y como medicina a esa enfermedad, se hace necesario **reafirmar algunas verdades fundamentales de la fe en la Iglesia.**

1. No existe más Iglesia que la Iglesia actual y visible, presidida por el Papa y por los demás sucesores de los Apóstoles. El que no cree en «esta Iglesia», no cree en ninguna, porque no existe otra. Una «Iglesia tradicional», una «Roma eterna» —al decir de Mons. Lefebvre—, si se entiende como distinta de la Iglesia presente, no es más que una entelequia inexistente. Cristo tiene *un Cuerpo*, uno solo, *la Iglesia visible*, palpable y audible, que es única en su triple condición terrestre, purgante y celestial.

En el siglo XVI, los errores de los *deformadores* Lutero y Calvino hicieron necesario que la Iglesia reafirmara su *visibilidad social* como una nota esencial de la Iglesia verdadera, pues para aquellos era una nota accidental. Por eso el Concilio de Trento, aunque no se ocupó directamente del misterio de la Iglesia, insistió notablemente en su condición institucional:

Cortesía de José María Iraburu para ApologeticaCatolica.org
De su blog [Reforma y apostasía](#) en [Infocatólica](#)

valor objetivo de los sacramentos, poderes santificantes, jurídicos y pastorales de la Jerarquía apostólica, distinción específica del sacerdocio ministerial. La fe católica no admitía que la Iglesia quedara reducida a *una comunidad invisible de gracia*.

La eclesiología más antigua y tradicional, ya desde un San Ignacio de Antioquía, acentuada por la teología postridentina, desarrolla ampliamente en línea continua esta visión de la Iglesia, hasta llegar al Concilio Vaticano I, a las encíclicas *Satis cognitum* de León XIII (1896) y *Mystici Corporis Christi* de Pío XII (1943) y al Vaticano II. *La Iglesia es una con Cristo*: única Esposa suya, único Cuerpo suyo. Santo Tomás explicaba que el nombre de Iglesia puede tener una doble acepción: «designa únicamente el Cuerpo que está unido a Cristo, su cabeza... Pero en otro sentido, la palabra Iglesia designa la cabeza y los miembros unidos entre ellos» (IV Sent. d.49, q.4, a.3 ad4m): la cabeza y los miembros unidos entre sí inseparablemente, para siempre, como los esposos en la unión conyugal. Es un tema central del Vaticano II:

«Cristo, el único Mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como *un todo visible*, comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos. Y la sociedad provista de sus órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, *la asamblea visible y la comunidad espiritual*, la Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser consideradas como dos cosas distintas, sino que más bien forman una realidad compleja que está integrada de un elemento humano y otro divino.

«Por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo (cf. Ef 4,16)» (*Lumen gentium* 8).

León XIII había enseñado ya en la *Satis cognitum* que «*la Iglesia de Cristo es única y perpetua*: quien se separa de ella se aparta de la voluntad y de la orden de Cristo nuestro Señor, deja el camino de salvación y corre a su pérdida» (n.9; merece la pena leer [el desarrollo completo de la doctrina](#), cf. 3-11). Dicho en palabras vulgares: *la única Iglesia existente es la que ustedes pueden ver, oír y tocar*, con todas sus maravillas de gracia y santidad, de verdad y de bien, y con todas sus miserias, contradicciones, cobardías, suciedades y desobediencias. *No hay otra Iglesia distinta de ella. Pueden ustedes quedarse dentro de «esta Iglesia» o salirse fuera si no la aguantan*. Pero sepan bien que *Iglesia no hay más que una*. Por eso ciertas palabras de Mons. Lefebvre y de sus seguidores, que podrían hacer pensar otra cosa, son falsas. Aquellos insultos terribles, por ejemplo, contra «la Iglesia conciliar», la «Roma apóstata y adúltera», etc. son golpes dados al mismo Cuerpo de Cristo.

Al celebrar Mons. Lefebvre con Mons. Castro Mayer la ordenación cismática de cuatro Obispos, se desarrolló al seguir el ritual este diálogo: – «¿Tienen el mandato apostólico [para ordenar]? –Lo tenemos. –Léase. –Lo tenemos de la Iglesia romana siempre fiel a las santas tradiciones recibidas de los Apóstoles»... (Tissier 593). La fórmula suena bien, pero no vale: es puramente ilusoria. Carecían por completo de «mandato apostólico» para consagrar Obispos, porque San Pedro solo da ese mandato apostólico a través de su

Sucesor, el Obispo de Roma, presidida entonces por Juan Pablo II, que en una carta personal a Mons. Lefebvre le mandó con máximo apremio que no ordenase.

2. Credo in Ecclesiam. Es «la fe en la Iglesia», *Mater et Magistra*, la que nos abre la mente a todas «las verdades de fe» que ella enseña. Esta realidad queda claramente manifestada en el mismo rito del Bautismo: «¿qué pides a la Iglesia? –La fe». Por tanto es la fe en la Iglesia la que hace posible creer todas las verdades de la fe católica. ¿Por qué creemos, por ejemplo, que en la Eucaristía está Cristo presente «real, verdadera y substancialmente»: ¡porque así lo cree y enseña la Iglesia!. Juan 6, «mi cuerpo es verdadera comida», y otros textos afines, pueden recibir cientos de interpretaciones diversas.

Santo Tomás enseña que «el objeto formal de la fe es la Verdad primera, manifestada en las sagradas Escrituras y en la doctrina de la Iglesia... Por eso es evidente que *quien presta su adhesión a la doctrina de la Iglesia, como regla infalible, asiente a todo lo que ella enseña*. Por el contrario, si de las cosas que la Iglesia sostiene admite unas y rechaza otras libremente, entonces no da ya su adhesión a la doctrina de la Iglesia como a regla infalible, sino a su propia voluntad» y juicio (*STh* II-II,5, 3). Traté ya de este tema en dos artículos: en [*Creo en la Santa Iglesia Católica, en la de ayer y en la actual*](#), y en [*Son teólogos que han perdido la fe*](#) (60-2).

Credo ut intelligam podría traducirse, forzando un poco el sentido original agustiniano y anselmiano, «creo en la Iglesia para poder recibir en mi mente sus doctrinas». Por tanto: – el orden mental verdadero es éste: creemos en las verdades de la fe católica «*porque la Iglesia las enseña*»; y –el orden falso es el inverso: creemos en la Iglesia católica «*porque estimamos verdaderas sus doctrinas*». Esta segunda posición puede ser verdadera en cuanto que no pocos conversos, por ejemplo, han llegado a creer en la Iglesia convencidos por las verdades formidables, absolutamente coherentes entre sí, que ella sola afirma y mantiene. Pero es errónea cuando se condiciona la fe en la Iglesia a que ella tenga la doctrina que “yo” o que “nosotros” creemos verdadera. Tal actitud está mucho más cerca del «libre examen» luterano de lo que parece a primera vista. *La fe en la Iglesia es la puerta de entrada a todo el mundo de las verdades de la fe católica*.

Consiguientemente, cuando Lefebvre declara que «la Iglesia conciliar» ha caído en la apostasía y que ha roto con la Tradición verdadera, *está atacando la única Iglesia existente*, está socavando la Roca sobre la que se levanta todo el edificio de la fe cristiana. Y en vano tratará de sostener su casa espiritual en el fundamento de una «Iglesia romana siempre fiel a las tradiciones de los Apóstoles», distinta de la presente, porque no existe.

3. La enseñanza personal del Papa y la del episcopado universal que permanece unido a él, disperso por el mundo o reunido en concilio, es infalible cuando en materia de fe y costumbres propone a los fieles unas verdades para que las sostengan como de fe. Nuestro Señor Jesucristo dijo al conjunto de los apóstoles: «el que a vosotros oye, a mí me oye» (Lc 10,16), y constituyó a *Pedro*, a él, personalmente, como roca fundamental de la Iglesia (Mt 16,18), encomendándole «confirmar en la fe» a sus hermanos (Lc 22,32).

No intentaré resumir aquí la doctrina católica sobre la infalibilidad de la Jerarquía apostólica 1º- cuando *enseña* verdades reveladas o anexas a ellas, proponiéndolas a los fieles como verdades de fe, y 2º- cuando *gobierna* con decisiones pastorales y canónicas

al pueblo que el Buen Pastor le ha confiado. En el Concilio Vaticano II (LG 18, 25) y en el *Catecismo de la Iglesia* (85-88, 891, 2030-2046) podemos hallar esta doctrina expuesta de modo suficiente. Y no es la misma, por supuesto, la asistencia infalible del Señor cuando la Iglesia enseña y cuando la Iglesia gobierna y dispone pastoralmente ciertos medios. Por eso respecto de este segundo aspecto de la infalibilidad eclesial creo conveniente recordar una doctrina clásica que expone el P. Faynel:

«*En las decisiones de orden general* (grandes leyes de la Iglesia, disposiciones permanentes del derecho canónico, impedimentos del matrimonio de derecho eclesiástico [promulgación de Ritos litúrgicos renovados sobre la Misa y los Sacramentos, añadido yo], la Iglesia goza de una *asistencia prudencial infalible*, entendiendo por ella una asistencia [de Cristo] que garantiza la *prudencia de cada una* de esas decisiones; no solamente en el sentido de que no pueden contener nada de inmoral o de contrario a la ley divina, sino que serán todas ellas positivamente benéficas. No traduzcamos, sin embargo, mal estas palabras, en el sentido de “serán decisiones perfectas”».

«*En las decisiones de orden particular* (organización sinodal de una diócesis, procesos de nulidad de un matrimonio, etc.), la Iglesia goza de una asistencia prudencial relativa, entendiendo por ella una asistencia que garantiza el valor del conjunto de esas decisiones, pero que no lo garantiza considerada en particular cada una (*collective sed non divise*)» (*L’Église*, vol. II, Desclée 1970, 100).

Las barbaridades dichas por Mons. Lefebvre y sus seguidores sobre la Liturgia católica postconciliar y sobre el Derecho Canónico renovado, concretamente, siendo éstos unos documentos *promulgados* por el Papa y *recibidos* de forma unánime por los Obispos de la Iglesia, son absolutamente inadmisibles.

4. Es contrario a la Tradición católica rechazar públicamente las enseñanzas y normas establecidas por los Concilios, especialmente por los Concilios Ecuménicos, aunque éstos hayan tratado predominantemente de asuntos pastorales y disciplinares. *Por eso la actitud lefebvriana es incompatible con la Tradición católica.*

En el concilio de Jerusalén, por ejemplo, se toman acuerdos puramente disciplinares, pero que son obligatorios (Hch 15,22-29) y que son recibidos por las Iglesias como un don que Dios les concede por mediación de los Apóstoles. San Pablo, acompañado de sus colaboradores, «atravesando las ciudades, les comunicaba los decretos dados por los apóstoles y presbíteros de Jerusalén, encargándoles que los guardasen» (16,4).

La antigüedad cristiana venera siempre los sagrados cánones acordados en los sagrados Concilios, y más los Ecuménicos, aunque sean a veces exclusivamente disciplinares y no gocen de la infalibilidad propia de las declaraciones doctrinales y dogmáticas. En la autoridad de los Obispos presididos por Pedro o su delegado alcanza a ver la Tradición católica la autoridad de Cristo y de los Doce. Cuando el sagrado Concilio de Elvira (306), por ejemplo, acuerda 81 cánones conciliares, todos disciplinares, establece 81 sagrados cánones que deben ser respetados y cumplidos. Y más aún cuando los Concilio menores son confirmados por la Sede romana. La obra monumental de Joannes Dominicus Mansi, que recoge en más de 50 enormes volúmenes todos los grandes y mínimos Concilios, lleva el significativo nombre de *Sacrorum Conciliorum Nova Amplissima Collectio*.

Por tanto, *la actitud católica hoy verdaderamente tradicional es respetar en sumo grado los acuerdos y enseñanzas del sagrado Concilio Vaticano II, Ecuménico XXI*, como también todo el Magisterio apostólico precedente. Decir contra el Concilio, contra «Roma», palabras tan terribles como las dichas y escritas por Mons. Lefebvre y todavía difundidas hoy por la FSSPX –algunas palabras quizá no escuchadas desde los tiempos de Lutero–, constituye un grave escándalo, un gran daño para la Iglesia de Cristo.

Pueden ustedes ver algunos de los comentarios prolefebvrinos puestos a mis artículos anteriores (126), (127) y (129). Cito de entre ellos dos ejemplos: No vale decir «que se puede ser tradicionalista admitiendo una misa bastarda», «Una de las maldades del Concilio»... Cuando escuchamos hablar así a un buen cristiano, ejemplar esposo y padre, celoso de la educación cristiana de sus hijos, de misa y rosario diarios, trabajador, compasivo con los pobres, no necesitamos investigar mucho para descubrir de dónde procede *esa actitud tan contraria a la Tradición católica*, esos modos de hablar que jamás hubieran admitido nuestros antepasados.

5. El lefebvrismo conduce al sedevacantismo. Afirma Tissier de Mallerais que Mons. Lefebvre nunca aceptó incurrir en el *sedevacantismo*, porque, según decía, «ese espíritu es un espíritu cismático». A la «lógica teórica» de un P. Guérard des Lauriers, para quien Pablo VI era Papa «*materialmente*, pero no *formalmente*», él prefería atenerse a «una sabiduría superior: la lógica de la caridad y de la prudencia» (Tissier 534).

Sin embargo, es necesario reconocer que resulta muy difícil afirmar al mismo tiempo 1.- que «Roma» ha caído en la herejía y 2.- que el Papa sigue siendo el Vicario de Cristo. Si el Papa está envenenado de modernismo –síntesis de todas las herejías–, si la Sede de Pedro está bajo el poder del Anticristo, eso significa que no tenemos Papa, ya que «Roma ha caído en la herejía». La Cátedra romana está, por tanto, *sede vacante*, pues un Papa hereje no es verdaderamente el Papa. Y en efecto, notemos que ya muy pronto dudó Mons. Lefebvre de la verdadera identidad de Pablo VI como Papa:

«¿Cómo un sucesor de Pedro ha podido en tan poco tiempo causar más destrozos en la Iglesia que la Revolución del 89?... ¿*Tenemos verdaderamente un papa o un intruso sentado en la sede de Pedro?*» (8-XI-1979; Tissier 533). Y la misma pregunta continuó viva respecto de Juan Pablo II: «¿Cómo es posible, habiendo sido dadas las promesas de asistencia de Nuestro Señor Jesucristo a su Vicario, que este mismo Vicario haya podido al mismo tiempo, por sí mismo o por otros, *corromper la fe de los fieles?*» (Tissier 534).

Si efectivamente el lefebvrismo no fue y no es sedevacantista, es preciso reconocer sin embargo que conduce derechamente al sedevacantismo, como se ha podido comprobar al paso de los años en grupos ajenos a la FSSPX, y a veces duramente contrarios a ella, porque no llega a tanto como ellos quisieran.

6. El lefebvrismo se aproxima también en algunas cuestiones al «libre examen», concretamente cuando, sujetándose a sus propios modos de entender la Tradición y el Magisterio anterior al Vaticano II, *se enfrenta abiertamente en graves materias con «la Iglesia conciliar»*. Y también *cuando las decisiones de Mons. Lefebvre prevalecen sobre los discernimientos y mandatos de la Santa Sede*. El *Roma locuta, causa finita*, queda así vaciado de sentido. Recordemos varios casos concretos: la Santa Sede estima necesaria la supresión de la FSSPX y el cierre de su Seminario; suspende a divinis a Mons. Lefebvre; considera y declara cismáticas las ordenaciones episcopales que realiza; excomulga al

Obispo ordenante y a los ordenados... Pero Mons. Lefebvre estima que todos esos discernimientos, lo mismo que las decisiones que les acompañan, son falsos, injustos y por tanto *nulos*. Él es consciente, por otra parte, de que la Santa Sede está perfectamente informada y posee todos los datos precisos para juzgar del asunto. Pero estima que no es la «Iglesia conciliar» la que ha de juzgarle a él, sino que es él quien debe juzgar a esta Iglesia. Y así es como *su juicio prevalece sobre el de la Autoridad apostólica*.

Por otra parte, en la estimación de Mons. Lefebvre aquellos católicos, Papa, Obispos y laicos, que hemos recibido sin reservas el Concilio Vaticano II y las reformas litúrgicas postconciliares, hemos «roto con la Tradición y caído en la herejía». «Le coup de maître de Satan» ha sido conseguir que nosotros, por la obediencia a las Autoridades romanas, hayamos sido conducidos a la perdición, a la corrupción de la fe. En fin, prefiero no seguir, y termino estas consideraciones aplicándolas a una de las cuestiones centrales de la disputa lefebvrina, *la Misa de Pablo VI*.

–La Misa postconciliar del Novus Ordo (1970), promulgada por el Papa Pablo VI y recibida por todos los Obispos católicos, es verdadera, santa y santificante, «porque así lo enseña y lo manda la Santa Madre Iglesia». Cuando el Papa da una aprobación solemne a unos Ritos litúrgicos renovados –Misa, Sacramentos, Horas–, está ejercitando al mismo tiempo su autoridad docente y su autoridad de *gobierno* pastoral. Y en los dos aspectos compromete la infalibilidad de la Sede de Pedro.

1.-*La liturgia es el modo máximo del Magisterio ordinario de la Iglesia.* El Papa es bien consciente de que al entregar unos libros litúrgicos a 4.000 Obispos, cientos de miles de sacerdotes y mil millones de bautizados católicos, para que ateniéndose a ellos celebren los Divinos Misterios, compromete la infalibilidad de su Magisterio pontificio, pues *lex orandi, lex credendi*. Sabe perfectamente que la liturgia «es el órgano más importante del Magisterio ordinario de la Iglesia» (Pío XI, al abad Capelle, 12-XII-1935; cf. *Mediator Dei* 1947,14). Se comprende por eso que en el Concilio de Trento fuera tan fuerte la reacción de la Iglesia frente a las terribles impugnaciones de Lutero contra de la Misa católica: «si alguno dijere que el Canon de la Misa contiene errores y que por esta causa se debe abrogar, sea anatema» (1562, Dz 1756, canon 6). Eso por un lado, pero por otro:

2.-*La Autoridad apostólica de la Iglesia goza de una asistencia prudencial infalible cuando promulga unos Ritos litúrgicos*, que siempre son evoluciones homogéneas de Ritos precedentes.

En consecuencia, por ambas razones a la vez, *la Liturgia renovada después del Concilio Vaticano II ha de ser «creída» –Credo in Ecclesiam– y ha de ser «aceptada»* como santa y santificante, como exenta de todo error y como positivamente benéfica para el pueblo cristiano. No es perfecta, por supuesto, y admite perfeccionamientos ulteriores que, muy probablemente, la Providencia divina nos concederá a su tiempo.

Es, pues, objetivamente un grave pecado y un escándalo rechazar de plano la Misa del *Novus Ordo*, calificándola públicamente de «Misa bastarda», «Misa de Lutero», «Misa de Bugnini», etc. Y tal barbaridad no puede ser justificada en modo alguno aduciendo infiltraciones masónicas, reuniones con expertos protestantes, Bugninis y relatos verídicos de los Cardenales Antonelli y Stickler. Es cierto, sin embargo, que Mons. Lefebvre, a pesar de los gravísimos calificativos que dedicó a la Misa nueva, no la consideraba propiamente herética, pero sí estimaba que conducía a la herejía –que no es poco– y que por tanto debía evitarse en todo lo posible (Tissier 489). Tal fue su resistencia a la Misa nueva, que

antes de aceptarla, prefirió ver suprimida canónicamente la FSSPX; supresión, por supuesto, que consideró nula y sin efecto alguno.



–La Misa antigua y la Misa nueva, lamentablemente, se han visto duramente enfrentadas. Benedicto XVI, al comienzo de la *Summorum Pontificum*, hace historia de las vicisitudes de la Misa nueva y de la Misa antigua, y declara que ambas formas, ordinaria y extraordinaria, son el único Rito romano de la Misa.

De un lado, *una de las causas principales de las prohibiciones o limitaciones del uso de la Misa antigua* se da precisamente en el combate durísimo de Mons. Lefebvre y de otros con él contra la Misa nueva. No se veía otro modo de afirmar en la práctica la vigencia de la nueva Misa en la Iglesia Católica del postconcilio. Existió y todavía «existe el temor de que se menoscabe la Autoridad del Concilio Vaticano II y de que una de sus decisiones esenciales, la reforma litúrgica, se ponga en duda. Este temor es [hoy] infundado».

Y de otro lado, *el combate contra la Misa renovada se produjo* «sobre todo porque en muchos lugares no se celebraba de una manera fiel a las prescripciones del nuevo Misal, sino que éste llegó a entenderse como una autorización e incluso como una obligación a la creatividad, lo cual llevó a menudo a deformaciones de la Liturgia que llegaban al límite de lo soportable» (*Summorum Pontificum*).

El nuevo rito de la Misa, celebrado con fidelidad, sentido de lo sagrado y desarrollo de todas las modalidades que ofrece, es grandioso y lleno de majestad y belleza. Cumple con fidelidad la norma establecida por el Concilio Vaticano II: “los ritos deben resplandecer (*fulgeant*) con una noble sencillez” (SC 34). Los abusos innumerables que la Misa nueva ha sufrido y sufre colaboran sin duda a su desprestigio. Pero no nos engañemos. *Sería una trampa mental comparar la Misa nueva mal realizada con la Misa*

antigua celebrada con toda dignidad. Es cierto que de hecho los que pasan hoy al Misal antiguo, escapando del Misal nuevo mal celebrado, suelen normalmente celebrar la Misa mucho mejor que como suelen celebrarse muchas de las Misas nuevas. Pero esto depende mucho más del espíritu del sacerdote y de la comunidad que de la estructura misma de los ritos celebrados. A los admiradores de la Misa antigua, entre los cuales me cuento, les llevaría yo a participar en la Misa nueva celebrada en ciertas comunidades parroquiales y monásticas con todo su esplendor y belleza sagrada. A ver si se atrevían a considerarla como una Misa masónica y protestante, devaluada y secularizada.

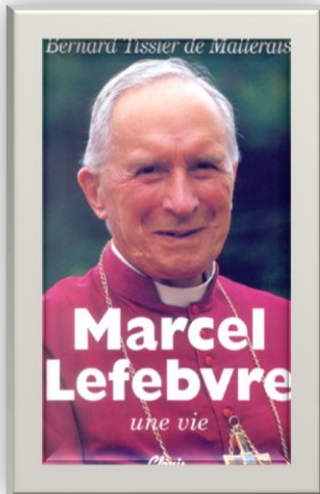
No es tampoco del todo cierto –aunque algo tiene de verdad– que el Misal antiguo dejase menos margen a la mala celebración que el nuevo. Yo fui ordenado sacerdote en 1963, y podría recordarles algunos modos, no infrecuentes, de celebración de la Misa antigua que eran muy precarios. Recuerdo Misas durante las cuales se rezaba el Rosario, se hacían novenas desde el púlpito, se formaban filas de penitentes ante los confesonarios, un sacerdote predicaba durante toda la misa, guardando silencio solo durante la consagración y la comunión, los fieles con más formación «seguían la Misa» concentrados en sus misalitos bilingües. Mientras tanto, el sacerdote celebrante estaba allá al fondo de un presbiterio alto, revestido con una casulla relativamente moderna, ésa que deja los brazos descubiertos, desconocida antes del XVI, mucho menos tradicional que la casulla antigua y medieval, que cubre al sacerdote completamente como una casita (*casula*) o una capa (*casubla*)...

–Colaboremos con Benedicto XVI para alcanzar la *Pax liturgica*. Las dos formas de la Misa romana deben ser aceptadas por unos y por otros. En la *Summorum Pontificum* se manifiesta claramente esta intención y esperanza. «Se trata de llegar a una reconciliación interna en el seno de la Iglesia... No hay ninguna contradicción entre una y otra edición del *Missale Romanum*. En la historia de la Liturgia hay crecimiento y progreso, pero ninguna ruptura». Los sacerdotes, pues, que celebran la Misa en su modo ordinario deben respetar y apreciar la Misa antigua. Y del mismo modo, «obviamente, para vivir la plena comunión tampoco los sacerdotes de las Comunidades que siguen el uso antiguo pueden, en principio, excluir la celebración según los libros nuevos. En efecto, no sería coherente con el reconocimiento del valor y de la santidad del nuevo rito la exclusión total del mismo».

Credo in Ecclesiam. En el próximo artículo, que ruego a Dios sea el último de la serie, aplicaré estos mismos principios teológicos a otras *quæstiones disputatæ* del mundo lefebvriano.

José María Iraburu, sacerdote

Parte V



–Y con éste ya van cinco.

–En la tradición bíblica el siete es un número perfecto.

El diagnóstico exacto de una enfermedad es clave para lograr su sanación. Mons. Lefebvre veía a Roma afectada de «sida espiritual» (Tissier 597). Por su parte, como ya dije en el primer artículo de esta serie (126), *ellefebvrismo* es una enfermedad espiritual que tiene dos causas principales: 1ª el discernimiento condenatorio de la Iglesia presente y de sus Papas; y 2ª, el convencimiento de que la Fraternidad Sacerdotal San Pío X es el medio providencial necesario para salvar a la Iglesia, manteniéndola en la ortodoxia doctrinal y litúrgica. **Voy a asegurar ahora este**

diagnóstico recordando en una síntesis el desarrollo histórico del lefebvrismo.

1970. Mons. Lefebvre funda la Fraternidad Sacerdotal San Pío X «ante todo para hacer sacerdotes y, consiguientemente, abrir seminarios». Así lo declara en una importante conferencia de principios de 1987, en la que hace un resumen histórico de la FSSPX. Vuelvo en seguida sobre ella. *Efectivamente, poco después del Concilio Vaticano II, e incluso durante su celebración, la vida de la Iglesia se vió perturbada por turbulencias muy fuertes. Parecía que andaban sueltos todos los diablos, se producían innumerables «errores y horrores»,* que ya he descrito (129), siendo quizá el más espectacular el arruinamiento brusco de los Seminarios. Hubo Seminarios diocesanos que pasaron de 1.000 a 10 seminaristas, o a cero.

No tiene, pues, nada de extraño que Mons. Lefebvre fundara en 1971 la FSSPX en Friburgo, Suiza, con una aprobación por cinco años del Obispo local, Mons. Charrière, y que inmediatamente estableciera su Seminario, que pronto pasó a Écône. Allí se formó un Seminario excelente, perfectamente ajustado a la tradición y a las normas de la Iglesia. Si no recuerdo mal, en un momento dado había más seminaristas franceses en la FSSPX que en todos los Seminarios franceses juntos. Una gracia de Dios muy grande. Pero... Écône se mantiene cerrado a la «Misa nueva» y a la «Iglesia conciliar». Las tensiones con la Santa Sede van en aumento.

1974. Mons. Lefebvre hace finalmente en Écône una declaración solemne de su rechazo de la «Iglesia conciliar» (21-XI-1974). «Nos adherimos de todo corazón, con toda el alma a la Roma católica... a la Roma eterna, maestra de sabiduría y de verdad. Nos negamos, en cambio –como nos hemos negado siempre– a seguir *la Roma de tendencia neomodernista y neoprotestante, que se manifestó claramente en el Concilio Vaticano II, y después del Concilio, en todas las reformas que de él surgieron*».

«Ninguna autoridad, ni siquiera la más elevada Jerarquía, puede obligarnos a abandonar o disminuir nuestra Fe católica, claramente expresada y profesada por el Magisterio de la Iglesia desde hace diecinueve siglos... *Esta reforma, por haber surgido del liberalismo, del modernismo, está completamente emponzoñada; sale de la herejía y desemboca en la*

herejía, aun cuando todos sus actos no sean formalmente heréticos... La única actitud de fidelidad a la Iglesia y a la doctrina católica, para nuestra salvación, es el rechazo categórico de la aceptación de la Reforma»... Agrega Tissier: «Apenas Mons. Lefebvre acaba la lectura de su declaración, los seminaristas aplauden, conscientes de estar viviendo un momento decisivo» (Tissier 506).

Son años en que los Mons. Lefebvre acentúa más y más su combate público contra el Concilio, la Misa nueva y en general contra la «Iglesia conciliar». Algunas de sus obras son particularmente agresivas: *La messe de Luther* (1975), *J'accuse le concile* (1976), *Le coup de maître de Satan*, *Écône face à la persécution* (1975), etc.

1975. El rechazo absoluto de la nueva Misa es la causa principal de la supresión de la FSSPX. Cumplido el plazo de cinco años de aprobación temporal, el Obispo Mons. Mamie, sucesor de Mons. Charrière, no renueva el permiso de la FSSPX, es decir, la suprime en un acto confirmado por la Santa Sede, bajo Pablo VI. Mons. Lefebvre eleva recurso a la Signatura Apostólica, pero no es admitido a trámite. Rompiendo entonces con el orden canónico de la Iglesia, Mons. Lefebvre decide que la FSSPX y su Seminario deben continuar su existencia, considerando que de ella depende la continuidad histórica de la misma Iglesia Católica.

1976. Mons. Lefebvre es suspendido a *divinis*, y en adelante no puede ya celebrar la Misa y los sacramentos lícitamente. Habiendo recibido una monición de la Santa Sede para que no procediera a la ordenación de la primera tanda de seminaristas formados en *Ecône*, él desobedece el mandato, realiza las ordenaciones y es suspendido a *divinis* (22-VII-1976). Mons. Lefebvre, que considera desde el principio que la suspensión es nula, un mes después (29-VIII) celebra la Misa de San Pío V en un palacio de los deportes de Lille ante 7.000 fieles y numerosos medios de comunicación, y proclama en la homilía ante unos 400 periodistas:

«La Revolución [de 1789] ha hecho mártires, pero no ha hecho nada en comparación del concilio Vaticano II: ¡sacerdotes apóstatas de su sacerdocio! *El matrimonio entre la Iglesia y la Revolución* que han querido los católicos liberales triunfantes, que dicen: “con el Vaticano II han sido aceptadas nuestras tesis”, es un matrimonio adúltero. Y de esta unión adúltera no pueden nacer sino bastardos. El nuevo rito de la misa es un rito bastardo, los sacramentos [de los rituales renovados] son sacramentos bastardos, los sacerdotes que salen de los seminarios son sacerdotes bastardos: ya no saben que son constituidos para subir al altar para ofrecer el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo» (Tissier 516-517).

1987. Pasan los años y el enfrentamiento de la FSSPX con la Iglesia va llegando a una fase máxima. En el libro *«Lo han destronado»* (1987) Mons. Lefebvre combate duramente contra el Vaticano II, y especialmente contra el decreto de la libertad religiosa (*Dignitatis humanæ*). Esta obra, dividida en cuatro partes y 34 capítulos, reúne una colección de conferencias y escritos de Mons. Lefebvre. Señalo el título de algunos capítulos: *El bandidaje del Vaticano II* (parte IV, 24), *Un liberalismo suicida: las reformas postconciliares* (32), etc.

En la III parte, *La Conjura Liberal de Satán contra la Iglesia y el Papado*, recuerda Mons. Lefebvre algunos documentos secretos obtenidos por Gregorio XVI y Pío IX. En ellos se describen los planes satánicos que entre los años 1820 y 1846 tenía ya trazados la logia Alta Venta de los Carbonarios con el expreso fin de *destruir la Iglesia desde dentro*. «El papa,

sea el que sea, no vendrá jamás a las sociedades secretas: son la sociedades secretas las que han de dar el primer paso hacia la Iglesia» para vencerla... «No queremos ganar a los papas para nuestra causa, hacerlos neófitos de nuestros principios, propagadores de nuestras ideas. Sería un sueño ridículo... Lo que debemos nosotros procurar y esperar, como los Judíos esperan al Mesías, es *un papa según nuestras necesidades*»... El plan diseñado es infiltrar su espíritu en la Iglesia, sobre todo en seminarios y conventos, hasta que los principios masónicos y liberales sean los predominantes. «Si queréis establecer el reino de los elegidos sobre el trono de la prostituta de Babilonia, que el clero marche bajo vuestro estandarte, creyendo ir siempre tras la bandera de las llaves apostólicas».

Terrible plan diabólico, comenta Mons. Lefebvre: *«un papa seducido por las ideas liberales, un papa que utilice las llaves de San Pedro al servicio de la contra-Iglesia. Ahora bien ¿no es acaso lo que vivimos actualmente desde el Vaticano II y desde el nuevo Derecho Canónico?»* Con este falso ecumenismo y esta falsa libertad religiosa promulgados en el Vaticano II y aplicados por los papas con fría perseverancia, a pesar de todas las ruinas que han provocado desde hace más de veinte años! Sin que se haya comprometido la infalibilidad del Magisterio de la Iglesia, incluso quizás sin que jamás haya sido sostenida una herejía propiamente dicha, *asistimos a la autodemolición sistemática de la Iglesia*. Autodemolición es una palabra de Pablo VI, que implícitamente denunciaba al verdadero culpable, pues ¿quién puede “autodemoler” la Iglesia sino aquél cuya misión es mantenerla en la roca firme?... ¡Y qué ácido tan eficaz para disolver la roca como el espíritu liberal que penetra al mismo sucesor de Pedro!... *¡Este plan es de inspiración diabólica y de realización diabólica!* No solo lo han revelado los enemigos de la Iglesia, sino también los papas lo han desvelado y predicho».

La Fraternidad Sacerdotal San Pío X y Roma es una importante y larga conferencia que Mons. Lefebvre dicta meses antes de ordenar cuatro Obispos para la FSSPX (*Fideliter* nº 55, I-II-1987). De ella destaco algunos textos más significativos.

La Misa publicada por Pablo VI. En 1975 la FSSPX, como ya vimos, es suprimida porque ésta rechaza la Misa renovada por Pablo VI. Es el Obispo Mons. Mamie quien lo decide y lo comunica: «“Es inadmisibile. Por tanto les suprimimos”. Exhibe entonces el Ordo [Missae] de Mons. Bugnini, inventado, antes inexistente. La obligación de la nueva misa ha sido impuesta por los servicios del Vaticano y por los obispos en Francia. De este modo, desgraciadamente, la Misa antigua ha sido abandonada por comunidades como la Abadía de Fontgombault, bajo el pretexto de que era preciso obedecer a los obispos. Todo ello fue impuesto por la fuerza, por obligación. Se pretendía absolutamente obligarnos a abandonar esta liturgia y, por lo mismo, cerrar nuestro seminario.

«Ante tal impostura e ilegalidad en la que todo había sido hecho y sobre todo ante el espíritu con el que aquella persecución había sido orquestada, *un espíritu modernista, progresista y masónico*, creímos nosotros que era un deber continuar. *No es posible admitir una cosa que ha sido hecha ilegalmente, en un espíritu malo, contra la Tradición y contra la Iglesia, para destruirla*».

«Si nuestros sacerdotes abandonaran la liturgia verdadera, el verdadero Santo Sacrificio de la Misa, los verdaderos sacramentos, no valdría entonces la pena de continuar. ¡Sería

suicidarnos!... Haría desaparecer nuestros seminarios. No podrían aceptar la nueva liturgia, sería introducir el veneno del espíritu conciliar en la comunidad». Y sigue diciendo:

Tres errores. *«Hay tres errores fundamentales, que, de origen masónico, son profesados públicamente por los modernistas que ocupan la Iglesia. La sustitución del Decálogo por los Derechos del Hombre [en referencia a la libertad religiosa]... Este falso ecumenismo que establece de hecho la igualdad entre las religiones... Y la negación del reinado social de Nuestro Señor Jesucristo mediante la laicización de los Estados. El Papa ha querido y ha conseguido prácticamente laicizar las Sociedades, y por tanto suprimir el reinado de Nuestro Señor sobre las Naciones».*

«La situación es, pues, extremadamente grave, porque *todo indica que la realización del ideal masónico haya sido cumplido por la misma Roma, por el Papa y los cardenales.* Es esto lo que los franc-masones siempre han deseado, y lo han conseguido no por sí mismos sino por los propios hombres de la Iglesia».

Excomuniones nulas. Por todo lo cual, las sanciones eclesiales aplicadas a Mons. Lefebvre y a la FSSPX son nulas. *«Es esta Roma liberal la que nos ha condenado. Pero condenando así la Tradición, la Verdad. Nosotros hemos rechazado esta condenación porque la consideramos nula e inspirada por el espíritu modernista.* Lo que hacemos nosotros y continuamos haciéndolo es trabajar para el mantenimiento de la Tradición. Nos hemos hallado así en una situación de aparente desobediencia legal, pero nosotros hemos continuado ordenando sacerdotes, dando sacerdotes a los fieles para la salvación de sus almas»...

La Iglesia conciliar con la Revolución. «Louis Veuillot decía: “Dos potencias viven y están en lucha en el mundo: la Revelación y la Revolución. Nosotros hemos elegido guardar la Revelación, mientras que *la nueva Iglesia conciliar ha elegido la Revolución*», la de 1789.

1988. Las ordenaciones cismáticas de cuatro Obispos de la FSSPX (18-VI-1988) ya fueron consideradas y descritas por mí en otro artículo (126), donde recordé las graves moniciones previas de la Santa Sede, las normas de la ley canónica, la carta apremiante del Papa, etc. En varias ocasiones, antes de proceder a las ordenaciones de Obispos, hizo Mons. Lefebvre un buen número de consultas a personas de su mayor confianza (Tissier 566-576). Los consejos que recibió fueron muy diversos.

No pocos son los que aconsejan las consagraciones episcopales. Pero son también bastantes,



como el P. José Bisig, su segundo asistente, y los futuros Obispos ordenados P.P. Tissier y Williamson, los que estiman que no debe realizarse un acto que prácticamente vendría a negar el Primado del Papa (Tissier 568-569). Y en esta situación de consejos dispares, es personalmente Mons. Lefebvre quien toma la decisión de ordenar. El P. Bisig,

inmediatamente, sale de la FSSPX, viaja a Roma con un grupo de sacerdotes y de seminaristas, es recibido por el Papa, y poco después inician la Fraternidad Sacerdotal de San Pedro. En cambio, Tissier y Williamson aceptan la ordenación episcopal: «Monseñor tiene gracias para decidir, y nosotros tenemos gracia para seguirle» (591). En ésta y en otras circunstancias se comprueba que el liderazgo *personal* de Mons. Lefebvre era muy fuerte.

Por otra parte, esta decisión estaba ya hacía un tiempo casi tomada en la mente de Mons. Lefebvre. Un año antes, reunido en Fátima con sus más próximos colaboradores (22-VIII-1987), les dice: «No podemos seguir a este gente, es la apostasía, no creen en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, que debe reinar. ¿Para qué vamos a esperar más? Procedamos a la consagración» de Obispos.

Hay que reconocer que viendo la Iglesia como Mons. Lefebvre la veía, era lógico que ordenase Obispos, aunque incurriese con ello en un «acto cismático» (Juan Pablo II, Ecclesia Dei, 2-VII-1988). Esas ordenaciones episcopales cismáticas eran un deber grave de conciencia (atención) *si se cree, como Mons. Lefebvre, que en ese tiempo el Papa [el próximo Beato Juan Pablo II] era el Anticristo*. ¿Qué hubiera hecho cualquiera de nosotros si nos hubiéramos visto en una situación semejante?... El Anticristo ha ocupado la Sede de Pedro: ¿qué debemos hacer?... Evidentemente: ordenar Obispos *sin su permiso*, y si es preciso *contra su expreso mandato*. Nos hubiéramos creído movidos por Dios a crear Obispos católicos «para que continúe la Iglesia». *De un espantoso diagnóstico sobre la Iglesia procede un acto cismático espantoso*. Mons. Lefebvre lo expresa con toda precisión en su *Carta a los futuros Obispos* (29-VIII-1987):

«Muy queridos amigos, estando la Sede de Pedro y los puestos de autoridad de Roma ocupados por anticristos, la destrucción del Reino de Nuestro Señor se produce aceleradamente... Me veo obligado, pues, por la Providencia divina a transmitir la gracia del episcopado que yo he recibido, con el fin de que la Iglesia y el sacerdocio católico continúen subsistiendo» (Tissier 578).

El sermón de Mons. Lefebvre en las ordenaciones episcopales de 1988 nos da también algunas claves importantes para mejor conocer el lefebvrismo. He hallado el texto íntegro [en inglés](#) y [en español](#), pero extrañamente no en francés.

«Saben bien, queridos hermanos, cómo León XIII, en una visión profética que tuvo, dijo que un día la Sede de Pedro sería la sede de la iniquidad. Lo dijo en uno de sus exorcismos, en el “exorcismo de León XIII”. ¿Es hoy? ¿Mañana? No sé. En todo caso ha sido anunciado. La iniquidad puede ser sencillamente el error. El error es una iniquidad: no profesar ya la Fe de siempre, no profesar ya la Fe católica, es un grave error; ¡si hay una gran iniquidad, es precisamente ésta! Realmente creo que puedo decir que no ha habido nunca una iniquidad más grande en la Iglesia que la jornada de Asís», etc.

«Y no solamente el Papa León XIII ha profetizado estas cosas, sino Nuestra Señora. Últimamente, el sacerdote que está encargado del Priorato de Bogotá [de la FSSPX] en Colombia, me ha traído un libro que versa sobre las apariciones de Nuestra Señora del Buen Suceso, que tiene una iglesia, una gran iglesia en Ecuador, en Quito, capital del Ecuador. Estas apariciones a una religiosa, tuvieron lugar en un convento de Quito poco tiempo después del Concilio de Trento... Esta Virgen milagrosa es honrada allí con mucha devoción por los fieles del Ecuador y profetizó para el siglo XX. Dijo a esta religiosa

claramente: “Durante el siglo XIX y la mayor parte del siglo XX, los errores se propagarán cada vez con más fuerza en la Santa Iglesia, y llevarán a la Iglesia a una situación de catástrofe total, ¡de catástrofe! Las costumbres se corromperán y la Fe desaparecerá”. Nuestra impresión es que no podemos dejar de constatarlo.

«Pido disculpas por continuar el relato de esta aparición, pero en ella se habla de *un prelado que se opondrá totalmente a esta ola de apostasía y de impiedad y preservará el sacerdocio preparando buenos sacerdotes*. Hagan ustedes la aplicación si quieren, yo no quiero hacerlo. Yo mismo me he sentido estupefacto leyendo estas líneas, no puedo negarlo. Está inscrito, impreso, consignado en los archivos de esta aparición».

Veamos, finalmente, cuál es la situación actual de la FSSPX. Para mejor entenderla, conviene recordar que durante muchos años Mons. Lefebvre tiene como su más importante interlocutor en la Santa Sede al Cardenal Ratzinger. Éste, poco después de ser constituido Papa, **Benedicto XVI, realiza dos actos de gran importancia:**

–1º. Mediante el motu proprio *Summorum Pontificum* (7-VII-2007), reafirma el Papa en la Iglesia católica la Misa publicada por Pablo VI (1970) como *forma ordinaria* de la Liturgia Eucarística, y establece como *forma extraordinaria* la Misa antigua, anterior al Concilio Vaticano II, en la publicación autorizada por Juan XXIII (1962), que nunca había sido propiamente abrogada.

Las consecuencias que este motu proprio tienen en la licitud de las Misas celebradas por sacerdotes de la FSSPX vienen precisadas en una carta (23-V-2008) que Mons. Camille Perl, Vicepresidente de la Pontificia Comisión *Ecclesia Dei*, escribe al Sr. Brian Mershon, respondiendo varias preguntas concretas que éste había formulado a la Comisión.

«Los sacerdotes de la Sociedad de San Pío X están válidamente ordenados, pero suspendidos, eso es: prohibidos de ejercitar sus funciones sacerdotales porque no están propiamente incardinados en una diócesis o instituto religioso en plena comunión con la Santa Sede... Eso significa que *las Misas ofrecidas por los sacerdotes de la Sociedad de San Pío X son válidas, pero ilícitas, i. e.,* contrarias a la Ley Canónica»...

Lleva, pues, decenios la FSSPX celebrando ilícitamente la santa Misa. Eso se explica porque la Fraternidad siempre ha considerado que tanto las excomuniones como las suspensiones a divinis eran y son radicalmente nulas.

–2º. Benedicto XVI levanta la excomunión de los cuatro Obispos de la FSSPX mediante un decreto de la Congregación de los Obispos (21-I-2009).

Este acto es presentado por la FSSPX como una gran victoria. Mons. Fellay, su Superior General,[comunica en carta circular](#) que

«la excomunión de los obispos consagrados por S. E. Mons. Marcel Lefebvre el 30 de junio de 1988, que había sido declarada por la Sagrada Congregación de los Obispos por un decreto del 1 de julio 1988, y que nosotros siempre rechazamos, ha sido retirada por otro decreto de la misma Congregación, fechado el 21 de enero de 2009 por mandato del Papa Benedicto XVI... Gracias a este gesto, los católicos del mundo entero apegados a la Tradición ya no serán más injustamente estigmatizados y condenados por haber mantenido la fe de sus padres. La Tradición católica ya ahora no está excomulgada... Aceptamos y

hacemos nuestros todos los concilios hasta el Vaticano II. Pero no podemos más que tener reservas respecto al Concilio Vaticano II... Esperamos la pronta rehabilitación de Monseñor Marcel Lefebvre» (Menzingen, 24-I-2009).

Del otro lado, la remisión de la excomunión «ha suscitado por múltiples razones dentro y fuera de la Iglesia católica una discusión de una vehemencia como no se había visto desde hace mucho tiempo». Así lo dice el Papa en el documento que sigue.

Benedicto XVI se ve obligado, pues, a escribir una carta para explicar su acto de benevolencia (10-III-2009). El Papa en ella corrige tanto *el triunfalismo falso* lefebvriano como *el amargo y duro rechazo* de una parte de los católicos, especialmente centroeuropeos. En esta carta, pues, declara el sentido verdadero de su benigno gesto.

La Iglesia, escribe el Papa, hubo de reaccionar en 1988 contra las ordenaciones episcopales realizadas en la FSSPX «con la sanción más dura, la excomunión, con el fin de llamar a las personas sancionadas de este modo *al arrepentimiento y a la vuelta a la unidad*. Por desgracia, veinte años después de la ordenación, este objetivo no se ha cumplido todavía.

«La remisión de la excomunión tiende al mismo fin al que sirve la sanción: *invitar una vez más a los cuatro Obispos al retorno*. Este gesto era posible después de que los interesados reconocieran en línea de principio al Papa y su potestad de Pastor, a pesar de las reservas sobre la obediencia a su autoridad doctrinal y a la del Concilio...

«Hasta que las cuestiones relativas a la doctrina no se aclaren, *la Fraternidad no tiene ningún estado canónico en la Iglesia, y sus ministros, no obstante haya sido liberados de la sanción eclesiástica, no ejercen legítimamente ministerio alguno en la Iglesia...*

«Ciertamente, desde hace mucho tiempo y después una y otra vez en esta ocasión concreta, hemos escuchado de representantes de esa comunidad muchas cosas fuera de tono: *soberbia y presunción, obcecaciones* sobre unilateralismos, etc. Por amor a la verdad, debo añadir que he recibido también una serie de impresionantes testimonios de gratitud, en los cuales percibía una apertura de los corazones...

«¿Y acaso no debemos admitir que también en el ámbito eclesial se ha dado alguna salida de tono? A veces se tiene la impresión de que nuestra sociedad tenga *necesidad de un grupo al menos con el cual no tener tolerancia alguna*; contra el cual pueda tranquilamente arremeter con odio. Y si alguno intenta acercársele –en este caso el Papa– también él pierde el derecho a la tolerancia y puede también ser tratado con odio, sin temor ni reservas».

Colaboremos con el Papa de todo corazón en su intento de lograr que la FSSPX retorne a la plena unidad de la Iglesia. 1º. Colaboremos principalmente *con la oración*: oremos, oremos, oremos. 2º. Colaboremos *con el testimonio de la verdad*. Y ya me excusarán que haga referencia a este blog *Reforma o apostasía*. Favorecemos la plena unidad de la FSSPX con la Iglesia católica

–*denunciando las infidelidades doctrinales, litúrgicas y disciplinares* que hoy lesionan a la Iglesia católica, y *afirmando las verdades católicas, especialmente aquellas más silenciadas o negadas*; de este modo se reafirma la *continuidad* del Magisterio apostólico, mientras que la *ruptura* con la Tradición católica prevalece en tantos ámbitos eclesiales [véanse en este blog (1-125)]; y colaboremos también

–describiendo y rechazando los errores de los lefebvrianos, pues de este modo se les ayuda a que se desolidaricen de los mismos, condición necesaria para que puedan «arrepentirse y volver a la unidad» de la Iglesia, a la que con tanto empeño les llama bondadosamente Benedicto XVI, y todos los que estamos plenamente unidos a él en la comunión católica [véanse en este blog (126-129) y algún artículo más, si Dios quiere].

José María Iraburu, sacerdote

Parte VI



—A ver por dónde seguimos ahora... Ay, madre.

—Tranquilo. La verdad debe ser afirmada con paz, alegría y fortaleza. Y con paciencia.

Una breve evocación de la historia de la Iglesia en su último medio siglo nos ayudará a entender mejor la posición de Mons. Lefebvre, de la FSSPX y de aquellos que hoy están más o menos de acuerdo con ellos.

El sagrado Concilio Vaticano II, convocado por el Beato Juan XXIII, fue una inmensa gracia de Dios para

su Iglesia (1962-1965), como todos los Concilios anteriores. En él Nuestro Señor Jesucristo reunió en asamblea eclesial a 2.500 Padres. Fué con gran diferencia el Concilio más numeroso de la historia. Y partiendo de los Concilios anteriores, muchos de ellos dogmáticos, trató con una finalidad predominantemente pastoral y renovadora las grandes realidades de la Iglesia católica.

Es bien sabido que había entre los Padres conciliares, como en tantos otros Concilios anteriores, tendencias doctrinales y pastorales fuertemente contrapuestas. El grupo liberal, conducido por algunos Cardenales, como Bea, Alfrink, Willebrands, estaba apoyado principalmente por Obispos centroeuropeos y franceses. Y del otro lado, el grupo tradicional, dirigido por Cardenales como Siri y Ottaviani y por el *Coetus internationalis Patrum*, presidido por el Arzobispo Lefebvre, tenía el apoyo de Italia, España e Hispanoamérica, así como de no pocas Iglesias de reciente nacimiento. El primer grupo era minoritario, pero sumamente organizado y apoyado por teólogos progresistas de renombre y por la prensa mundial. El segundo, poco organizado y mucho menos eficiente en los medios, pero sumamente lúcido y valiente, consiguió sin embargo el apoyo de la mayoría de los Padres. Y en algunos casos fue el Papa Pablo VI el que, con intervenciones personales, «confirmó en la fe» a sus hermanos. Demos gracias a Dios.

El Concilio se promulga finalmente con un gran acuerdo de los Padres. Todos los documentos, incluso los más discutidos, como el de la libertad religiosa, son firmados por la Asamblea conciliar, también por Mons. Lefebvre, con unanimidad casi total. Es evidente que todos los Padres conciliares están convencidos de que el XXI Concilio ecuménico guarda plena fidelidad y continuidad con la doctrina de los XX Concilios anteriores. No lo hubieran firmado si no lo creyeran así. Y todos saben bien que si la enseñanza conciliar en alguna cuestión concreta diera lugar a una interpretación dudosa, ésta habrá de

dilucidarse ateniéndose siempre a las enseñanzas ya anteriormente establecidas con mayor claridad y firmeza por la Santa Madre Iglesia. Hago notar también que los Padres aprobaron unánimes *las enseñanzas del Vaticano II*, no las falsificaciones doctrinales que en seguida se difundirían en su nombre.

Conviene tener en cuenta, por otra parte, que *en la historia de la Iglesia el Concilio Vaticano II es el único que ha producido como documento final un grueso libro de 700 o 1.000 páginas*. Y en un escrito tan sumamente largo no faltan ciertos textos nacidos como resultantes de fuerzas conciliares duramente contrapuestas. Esta circunstancia real, y el uso de un lenguaje a veces más literario y retórico que teológico y preciso, da lugar a algunas expresiones confusas, imprecisas e incluso falsas, si se toman en su literalidad y fuera de contexto –lo que no debe hacerse– (*Reforma o apostasía* 24), y que necesitan ser aclaradas en actos posteriores del Magisterio apostólico, como así ha sucedido, concretamente en discursos pontificios y Encíclicas postconciliares. En seguida vuelvo sobre esto.

La falsificación de las doctrinas del Vaticano II comenzó durante su misma celebración, y se multiplicó grandemente en el postconcilio. La minoría liberal aludida, a través de muchos teólogos progresistas y con la complicidad de casi toda la prensa mundial, difundieron durante el Concilio y aún más después de él una versión neo-modernista de los documentos conciliares, que muchos católicos –sin haber leído los textos conciliares o habiéndolos leído– recibieron como la auténtica doctrina conciliar. De hecho, teólogos como Küng y Schillebeeckx, teniéndose a sí mismos por los teólogos realmente fieles al Vaticano II, difundieron en su nombre no pocas herejías.

El error radical de Mons. Lefebvre y de sus seguidores fue acusar al Concilio Ecuménico Vaticano II y a los Papas que le siguieron como causantes principales del resurgimiento muy fuerte, sobre todo en el Occidente descristianizado, de un neomodernismo extremo, que difunde en el pueblo cristiano justamente lo contrario de lo que el Concilio ha enseñado: «Roma ha roto con la Tradición, ha caído en la herejía y en la apostasía»...

Es cierto que los errores y horrores habidos dentro de la Iglesia después del Concilio, sobre todo en el Occidente descristianizado, fueron y son innumerables. Muchos de ellos han sido señalados y combatidos en este mismo blog *Reforma o apostasía*, todavía inacabado. Señalo a continuación entre paréntesis el número de algunos artículos de este blog.

En los decenios postconciliares, y hasta hoy, muchas verdades fundamentales de la fe se vieron frecuentemente negadas o silenciadas (22-23), como la soteriología, salvación-condenación (08-09), la existencia del demonio (16-17), la gran batalla permanente entre el Reino y el mundo (19-21). Por aquellos años la Revolución sexual hizo estragos no solo en el mundo, sino también en el pueblo cristiano. La gran encíclica *Humanæ vitæ* se vió en 1968 ampliamente resistida, incluso por algunas Conferencias episcopales. Disminuyó bruscamente la natalidad al generalizarse el uso de los métodos anticonceptivos. Se multiplicaron las secularizaciones de sacerdotes y religiosos, y disminuyeron también bruscamente las vocaciones sacerdotales y religiosas, hasta casi desaparecer en algunas Iglesia locales. Cesó en gran medida la acción apostólica y la evangelización en las misiones (13). Se difundieron innumerables doctrinas heréticas o gravemente desviadas (39, 51-65, 76-79). Fueron pocos los teólogos ortodoxos que las combatieron (42-43), y al mismo tiempo el ejercicio de la Autoridad apostólica se hizo débil en no pocas Iglesias (40-

41): las reprobaciones de los errores heréticos y de los abusos sacrílegos fueron a veces lamentablemente tardías (45-47), y el lenguaje católico se fue haciendo oscuro y débil (24-32). Nacieron, como nuevas herejías, formas extremas de feminismo, de liberacionismo y de un indigenismo a veces acentuadamente nacionalista (49-50). El desprecio luterano por la Ley eclesiástica se hizo mentalidad a veces predominante en pastores y laicos (80-94). Disminuyó en gran medida la enseñanza de la doctrina política de la Iglesia (95-125), concretamente aquella doctrina antiliberal que, por ejemplo, el Cardenal Pie difundió con lucidez (33-38), y que fue sustituida en buena parte de Pastores, teólogos y laicos por una mentalidad liberal secularista, que eliminó casi totalmente la actividad política de los católicos (95-125).

Podemos afirmar, pues, con la seguridad de la fe que, ante tantas degradaciones de la fe y de la vida cristiana, el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, renovador de la faz de la tierra, clama hoy en el corazón de muchos católicos *¡reforma o apostasía!* (01-07). Todo esto es cierto.

Pero acusar al Concilio Vaticano II de esos enormes males es una gran falsedad, una calumnia, y es una ofensa al Espíritu Santo, *que asistió con su luz y su gracia al Papa y a los 2.500 Padres conciliares, como había ayudado en los XX Concilios anteriores.* Muchas veces es falso el adagio *post hoc, ergo propter hoc*: esto ha sucedido *después* de aquello, luego aquello escausa de esto.

La apostasía del Occidente rico se inicia mucho antes del Vaticano II, con el Renacimiento, el protestantismo, la Ilustración, el liberalismo, la Revolución francesa, la masonería, el catolicismo liberal, el modernismo, el comunismo, la revolución sexual, mayo de 1968, y se acentúa fuertemente cuando las naciones de Occidente, habiendo alcanzado una prosperidad y riqueza estables, y ya en gran parte recuperadas de los enormes estragos producidos por la II Guerra Mundial, deciden «adorar a la criatura, en lugar de al Creador, que es bendito por los siglos» (Rm 1,25). Y al paso de los años, esta apostasía secularista se difunde más o menos por las otras Iglesias hermanas del mundo.

Ya desde entonces se inicia el derrumbe de no pocas Iglesias del Occidente rico. La inmensa mayoría de los bautizados se mantienen lejos de la Eucaristía, lejos, pues, de Cristo y de la Iglesia. Ya la gran mayoría de los matrimonios católicos admite la anticoncepción sin problemas de conciencia, y la practica siempre que lo estima conveniente. Ya en estas naciones apenas hay vocaciones. Ya los pensamientos y caminos del mundo son los pensamientos y caminos de la mayor parte de los bautizados. Todos éstos son datos ciertos, objetivos, comprobables. *Pero atribuir al Concilio Vaticano II este arruinamiento tan grave de la Iglesia en Occidente es un enorme error.*

Los errores modernos de los últimos cincuenta años no se han derivado de los textos conciliares. Miren, por ejemplo, los errores reprobados por la Congregación de la Fe mediante severas *Notificaciones* –Küng, Schillebeeckx, De Mello, Vidal, Haight, Sobrino, etc.– y nunca hallarán fundamento para ellos en textos del Vaticano II. Éstos y tantos otros maestros del error se autocalifican con desvergüenza como los teólogos verdaderamente fieles «al Concilio»; pero curiosamente no lo citan nunca: se atienen al «espíritu del Concilio», que no está «editado» todavía, y que consiste solo en sus propias ideas. Por el contrario, los escritores católicos tradicionales, es decir, los católicos, no hemos cesado de citar miles de veces durante medio siglo los textos del Vaticano II y las encíclicas de los Papas postconciliares.

La hermenéutica de la continuidad tradicional de la doctrina católica viene a ser un tema central de la predicación de Benedicto XVI desde el comienzo mismo de su pontificado (22-XII-2005, 26-V-2009). Y en ella había ya insistido Juan Pablo II, concretamente en la ocasión muy grave del motu proprio *Ecclesia Dei* (2-VII-1988).

Es preciso «llamar la atención de los teólogos y otros expertos en ciencias eclesiológicas, para que también se sientan interpelados» en orden a «un nuevo empeño de profundización, en el que se clarifique plenamente *la continuidad del Concilio [Vaticano II] con la Tradición*, sobre todo en los puntos doctrinales que, quizá por su novedad, aún no han sido bien comprendidos por algunos sectores de la Iglesia» (n.5,b).

Credo in Ecclesiam. La Iglesia católica, la que permanece en plena comunión con sus Obispos y el Papa, guarda siempre la verdad y los medios de santificación. No es preciso distanciarse de la unidad de la Iglesia con actos cismáticos para reafirmar las verdades católicas y combatir los errores y abusos que en ella puedan darse, pues Ella misma tiene poder en el Espíritu Santo para vencerlos. Muy al contrario sucede fuera de la Iglesia católica: los errores monofisitas, por ejemplo, del abad Eutiques (+454) pueden perpetuarse durante siglos, hasta hoy, en confesiones cristianas separadas de Roma. Pero eso no puede suceder en la Iglesia católica, porque ella es «la Iglesia del Dios vivo, la columna y el fundamento de la verdad» (1Tim 3,15). Podrá quizá tardar la Iglesia un tiempo largo o corto en vencer errores y abusos –el arrianismo, la simonía–, pero siempre, auxiliada por Cristo, su Esposo, acaba por vencerlos. Podrá guardar silencios alarmantemente prolongados –como hoy, por ejemplo, sobre la doctrina política católica (97-98, 100-105)–; pero ya el Señor de la historia le dará palabras cuando Él lo quiera. Oremos y esperemos con paciencia. La Iglesia enseña cuando habla, no cuando calla.

En el tiempo postconciliar los errores doctrinales y los abusos disciplinarios, morales y litúrgicos han sido denunciados desde dentro de la Iglesia católica, aunque no tanto, ciertamente, como fuera de desear. Hacer una lista de nombres para demostrar lo que digo resulta prácticamente imposible; pero citaré solo algunos ejemplos, los primeros que me vienen a la mente. *Autores laicos*, como Von Hildebrand, Maritain al final de su vida, Francisco Canals, Messori, Weigel, Ricardo de la Cierva, Woods, han dado con gran fuerza testimonio de la verdad, frente a herejías y abusos: y nunca faltarán a la Iglesia hombres como ellos. También han hecho lo mismo *Obispos y teólogos* como Siri, Ottaviani, González Martín, Fabro, Mondin y tantos más: y nunca faltarán a la Iglesia hombres como ellos. Incluso teólogos católicos, que en algunas cuestiones se habían mostrado anteriormente próximos a tesis progresistas, como el P. Henry de Lubac, S. J., ya estaban dando voces de alarma dos años después del Vaticano II:

«Está bien claro que la Iglesia se enfrenta con una grave crisis. Con el nombre de “la Iglesia nueva”, “la Iglesia posconciliar”, *se está tratando ahora de establecer una Iglesia distinta de la de Jesucristo*: una sociedad antropocéntrica amenazada por la apostasía inmanentista, un dejarse arrastrar por un movimiento de abdicación general bajo pretexto de renovación, ecumenismo o adaptación» (disc. en Universidad de Toronto, VIII-1967: cit. *Temoignage Chrétienne*, París IX-1967).

Pero han sido siempre los Papas del postconcilio los testigos más firmes de la verdad católica, y quienes han combatido con más fuerza los errores y males de la Iglesia presente. Podemos apreciarlo, por ejemplo, en algunas graves cuestiones.

–*La verdad católica de la Eucaristía*, por ejemplo, tan gravemente falsificada en los últimos tiempos, también entre autores «católicos», ha encontrado su más firme defensa en la doctrina eucarística de los Papas postconciliares. Contra los que negaban el carácter sacrificial de la Misa, Pablo VI afirma con la fuerza de Pedro: «Nosotros creemos que la Misa... es realmente el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares» (*Credo del Pueblo de Dios*, 1968, 24; cf. *Mysterium fidei*, antes, en 1965). Juan Pablo II da al sacrificio la primacía teológica para la comprensión del Misterio (*Ecclesia de Eucharistia*, 2003, 11-16). Benedicto XVI afirma que en la Eucaristía «se hace presente el sacrificio redentor de Cristo» (*Sacramentum caritatis*, 2007, 14; cf. 9-14).

–*La santidad del matrimonio y la lucha contra la anticoncepción*, tal como la enseñaron Pío XI (*Casti connubii*, 1930) o Pío XII, han sido impulsadas máximamente por los Papas del postconcilio. No han temido para ello enfrentarse con medio mundo y con el otro medio, y también con una buena parte de la Iglesia (*Humanæ vitæ*, 1968; *Familiaris consortio*, 1981; *Catecismo*, 1993).

–*Las misiones de la Iglesia y la unicidad de Cristo como Salvador universal* han sido también verdades de la fe que los Papas últimos han defendido con gran fuerza contra innumerables herejías difundidas dentro de la Iglesia (*Evangelii nuntiandi*, 1975; *Redemptor hominis*, 1979; *Redemptoris missio*, 1990; *Dominus Iesus*, 2000).

Y así podríamos ir recordando formidables documentos del Magisterio apostólico, que han venido a formar en la Iglesia de nuestro tiempo un Corpus doctrinal tan amplio y armonioso como no lo ha habido en ninguna época de su historia. *Cum Petro et sub Petro*, cumple la Iglesia católica de hoy y seguirá cumpliendo la promesa de Cristo: «el Espíritu Santo os conducirá hacia la verdad completa» (Jn 16,13).

En los decenios del postconcilio los diagnósticos más graves y autorizados de los males de la Iglesia actual los hemos encontrado siempre en los Papas. Nunca han intentado ignorar, negar o disminuir la gravedad de esas infidelidades. Los Papas saben que en algunas Iglesias locales, al menos en sus niveles más altos, abundan más las herejías y los sacrilegios que la ortodoxia y la ortopraxis. Y en ocasiones expresan esa realidad tremenda con absoluta claridad. Recordaré algunos textos.

–**Pablo VI**, ya en su primera encíclica, *Ecclesiam suam* (1964), da una fuerte alarma sobre el modernismo renaciente (nº 10). Y en seguida de clausurado el Concilio reconoce y expresa con toda claridad la degradación eclesial que se va produciendo aceleradamente, sobre todo en las Iglesias locales del Occidente rico. Son los años, por ejemplo, del *Catecismo Holandés* y del *Concilio Pastoral de Holanda* (1967-1969), los años de la vergonzosa resistencia a su heroica encíclica *Humanæ vitæ* (1968), los decenios de la avalancha de secularizaciones... Su diagnóstico es lúcido, grave y realista. Y humilde también: el pastor reconoce que los lobos han entrado en el rebaño que el Señor ha confiado a su cuidado, y que están haciendo en él estragos.

En el [discurso de apertura de la II Conferencia General del episcopado latinoamericano](#) (CELAM), celebrada en Medellín, Pablo VI pone en alerta a los Obispos iberoamericanos con gravísimas palabras: «La fe está asediada por las corrientes más subversivas del pensamiento moderno. La desconfianza que, incluso en los ambientes

católicos, se ha difundido acerca de la validez de los principios fundamentales de la razón, o sea, de nuestra *philosophia perennis*, nos ha desarmado frente a los asaltos, no raramente radicales y capciosos, de pensadores de moda; el *vacuum* producido en nuestras escuelas filosóficas por el abandono de la confianza en los grandes maestros del pensamiento cristiano, es ocupado frecuentemente por una superficial y casi servil aceptación de filosofías de moda, muchas veces tan simplistas como confusas, y éstas han sacudido nuestro arte normal, humano y sabio de pensar la verdad; estamos tentados de historicismo, de relativismo, de subjetivismo, de neopositivismo, que en el campo de la fe crean un espíritu de crítica subversiva, una falsa persuasión de que para atraer y evangelizar a los hombres de nuestro tiempo tenemos que renunciar al patrimonio doctrinal, acumulado durante siglos por el Magisterio de la Iglesia, y de que podemos modelar, no en virtud de una mejor claridad de expresión, sino de un cambio de contenido dogmático, un cristianismo nuevo, a medida del hombre y no a medida de la auténtica Palabra de Dios. Desafortunadamente, también entre nosotros, algunos teólogos no siempre van por el recto camino» (Bogotá, 24-VIII-1968).

Y en esos años repitió las mismas advertencias: «La Iglesia se encuentra en una hora inquieta de autocrítica o, mejor dicho, de *autodemolición*. Es como una inversión aguda y compleja, que nadie se habría esperado después del Concilio. La Iglesia está prácticamente golpeándose a sí misma» (7-XII-1968). «Por alguna rendija se ha introducido *el humo de Satanás* en el templo de Dios» (29-VI-1972; cf. el amplio discurso posterior sobre el demonio, 15-XI-1972). Es lamentable «*la división*, la disgregación que, por desgracia, se encuentra en no pocos sectores de la Iglesia» (30-VIII-1973). «La apertura al mundo fue una verdadera invasión del pensamiento mundano en la Iglesia» (23-XI-1973). Sugerir que es el mismo Pablo VI el que con sus reformas litúrgicas y otros actos pontificios acrecienta en la Iglesia «el humo de Satanás» es una bajeza incalificable.

—**Juan Pablo II**, en el mismo espíritu, declara en un discurso en el Congreso de Misioneros Populares (6-II-1981): «Es necesario admitir con realismo, y con profunda y atormentada sensibilidad, que los cristianos de hoy, en gran parte, se sienten extraviados, confusos, perplejos, e incluso desilusionados. *Se han esparcido a manos llenas ideas contrastantes con la verdad revelada y enseñada desde siempre. Se han propalado verdaderas y propias herejías en el campo dogmático y moral*, creando dudas, confusiones, rebeliones. Se ha manipulado incluso la liturgia. Inmersos en el relativismo intelectual y moral, y por tanto en el permisivismo, los cristianos se ven tentados por el ateísmo, el agnosticismo, el iluminismo vagamente moralista, por un cristianismo sociológico, sin dogmas definidos y sin moral objetiva» (6-II-1981).

—**Benedicto XVI**, siendo todavía Cardenal Prefecto de la Congregación de la Fe, en su libro [Informe sobre la fe](#) (BAC, Madrid 1985), hace amplios y minuciosos análisis de situación que le llevan a diagnósticos iguales. Y un mes antes de ser constituido Papa, presidiendo el [Via Crucis del Coliseo en Roma](#), en sustitución de Juan Pablo II, imposibilitado, dice:

«*Meditación* [en la 9ª estación]. ¿Qué puede decirnos la tercera caída de Jesús bajo el peso de la cruz? Quizás nos hace pensar en la caída de los hombres, en que muchos se alejan de Cristo, en la tendencia a un secularismo sin Dios. Pero, ¿no deberíamos pensar también en lo que debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? En cuántas veces se abusa del sacramento de su presencia, y en el vacío y maldad de corazón donde entra a menudo. ¡Cuántas veces

celebramos sólo nosotros sin darnos cuenta de él! ¡Cuántas veces se deforma y se abusa de su Palabra! ¡Qué poca fe hay en muchas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a él! ¡Cuánta soberbia, cuánta autosuficiencia! ¡Qué poco respetamos el sacramento de la Reconciliación, en el cual él nos espera para levantarnos de nuestras caídas! También esto está presente en su pasión. La traición de los discípulos, la recepción indigna de su Cuerpo y de su Sangre, es ciertamente el mayor dolor del Redentor, el que le traspasa el corazón. No nos queda más que gritarle desde lo profundo del alma: *Kyrie, eleison* – Señor, sálvanos (cf. Mt 8,25).

«Oración. Señor, frecuentemente tu Iglesia nos parece una barca a punto de hundirse, que hace aguas por todas partes. Y también en tu campo vemos más cizaña que trigo. Nos abruma su atuendo y su rostro tan sucios. Pero los empañamos nosotros mismos. Nosotros somos quienes te traicionamos, no obstante los gestos ampulosos y las palabras altisonantes. *Ten piedad de tu Iglesia*: también en ella Adán, el hombre, cae una y otra vez. Al caer, quedamos en tierra y Satanás se alegra, porque espera que ya nunca podremos levantarnos; espera que tú, siendo arrastrado en la caída de tu Iglesia, quedes abatido para siempre. Pero tú te levantarás. Tú te has reincorporado, has resucitado y puedes levantarnos. Salva y santifica a tu Iglesia. Sálvanos y santifícanos a todos. *Pater noster [...]* liberanos a Malo. Amen» (25-III-2005).

Una barca que se está hundiendo... Un campo con más cizaña que trigo... El Colegio de Cardenales de la Iglesia Católica, el 19 de abril de 2005, un mes después de que el Card. Ratzinger dijera en público esas tremendas palabras, lo eligió como Papa, Vicario de Cristo, Sucesor de Pedro, pensando que era el Obispo más indicado para tomar el timón de la Barca de Pedro.



Cortesía de José María Iraburu para ApologeticaCatolica.org
De su blog [Reforma y apostasía](#) en [Infocatólica](#)

«Tu es Petrus, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prævalebunt adversus eam» (Mt 16,18). *La Iglesia recibe continuamente su salvación del Salvador.* Y los textos que he recordado nos confirman lo que ya desde el principio sabíamos por la fe, *credo in Ecclesiam: que la Iglesia tiene siempre, por obra del Espíritu Santo, fuerza para vencer en el mundo y en sí misma el error y el pecado.* Es posible que no lo consiga inmediatamente, pero finalmente siempre esalzada de la mano por su Esposo, nuestro Señor Jesucristo. Siempre el Espíritu Santo la sostiene en la verdad católica cuando se tambalea. Nunca deja de ser la *Mater et Magistra*, que nos salva del error y del pecado, santificándonos con la verdad y la gracia de Cristo.

La Iglesia católica, también después del Vaticano II, ha florecido en maravillas de gracia y de santidad. No solo ha conocido la proliferación de errores y horrores, en los que me he fijado especialmente para responder a los filolefebrianos acusadores. Por el contrario, cuántos Obispos y párrocos, desbordados con frecuencia por situaciones de abrumadora descristianización, han seguido entregando sus vidas con amor incesante al servicio de Cristo y de su Iglesia, “gastándose y desgastándose por las almas hasta el agotamiento” (2Cor 12,15). Cuántas personas consagradas han vivido clausuradas en ofrenda permanente de alabanza y de súplica. Cuántas obras de heroica beneficencia multiforme han florecido en el árbol de la Iglesia. Cuántos institutos religiosos y movimientos de laicos se han renovado o han nacido en estos decenios... Cito solamente algunos, no los más grandes, que me son especialmente conocidos y queridos, Schola Cordis Iesu, Siervos del Hogar de la Madre, Instituto Mater Dei, Siervos de los Pobres del tercer mundo, Miles Christi, Schola Veritatis...

Cuántas personas y obras santas he conocido yo en medio siglo. Carmelitas descalzas... Se diría que, por una misteriosa correspondencia, a los abismos del mal que el Señor permite responde levantando montañas de gracia y santidad. ¿Quién podrá convencerme de que *ésta no es ya la Iglesia católica?* ¿Y que la Misa que celebramos cientos de miles de Obispos y sacerdotes, según el *Novus Ordo* promulgado por Pablo VI, es herética, o al menos conducente a la herejía, y ciertamente *vitanda*?... Dan ganas de llorar, de pena y de gratitud.

Jamás debe contraponerse una «Roma eterna» y una «Roma temporal», la de hoy. Jamás debe condenarse a la Iglesia como «apóstata y adúltera». Jamás es lícito distanciarse de ella por actos cismáticos, como si éstos fueran imprescindibles para poder salvar «la continuidad de la Iglesia» en la verdad y la santidad. Jamás debemos contraponer a *la Iglesia de Cristo –a esta Iglesia, no hay otra–*, una «Roma eterna», que no tiene más realidad que la de un ectoplasma. Hacerlo es absolutamente contrario a la Tradición eclesial de los Padres y de los santos. Jamás debemos volver la espalda a nuestra madre la Iglesia, a pesar de sus heridas infectadas y las suciedades de su túnica. Ella es la fuente inagotable de la verdad y de la gracia. Jamás debemos avergonzarnos de la Iglesia existente, porque es el único Cuerpo de Cristo, integrado por santos y pecadores (LG 8c; GS 43f). Jesús nos dice, refiriéndose también a su propio Cuerpo: «¡bienaventurado aquel que no se escandalice de mí!» (Mt 11,6).

–Mons. Lefebvre, por el contrario, con ocasión de los errores y horrores postconciliares se fue escandalizando cada vez más del Concilio, de los Papas, de la Liturgia renovada. Y dijo cosas terribles, que sus seguidores siguen difundiendo en libros y sitios de internet: «la Roma eterna condena la Roma temporal. Por eso preferimos la eterna» en la FSSPX (Tissier 494)... «Roma ha perdido la fe, Roma está en la apostasía»

(577)... «No se puede seguir a esa gente, es la apostasía... Procedamos a la consagración» de Obispos (578). «*La Chaire de Pierre et les postes d'autorité de Rome étant occupés par des antichrists*, la destruction du Règne de Notre-Seigneur se poursuit rapidement» (578) [1]... «La situation de la papauté depuis Jean XXIII et ses successeurs pose des problèmes de plus en plus graves... *Ils fondent une Église conciliaire nouvelle... Cette Église est-elle encore apostolique et encore catholique?... Devons-nous encore considérer ce pape comme catholique?*» (569) [2].

Ya se ve que, con el favor de Dios, tendré que añadir otro artículo.

José María Iraburu, sacerdote

Traducción de los textos en francés

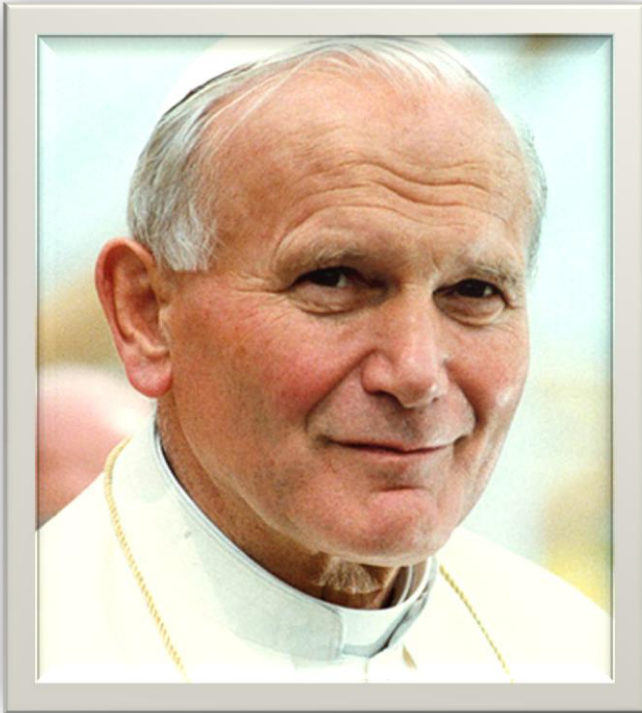
[1] Como la Sede de Pedro y los puestos de autoridad de Roma están ocupados por anticristos, la destrucción del Reino de Nuestro Señor avanza aceleradamente...

[2] La situación del papado a partir de Juan XXIII y sus sucesores va planteando problemas cada vez más graves... Éstos han fundado una Iglesia conciliar nueva... ¿Esta Iglesia es todavía apostólica y católica?... ¿Debemos considerar que este Papa es católico?

Post post.— Los que atacan a este pobre cura y a sus recientes artículos, y cargan de paso contra InfoCatólica, tienen pocos argumentos. Prueba de ello es la cantidad de acusaciones falsas y suposiciones inverosímiles que hallamos en sus escritos: no estábamos en Fátima para protestar de cierta profanación, nada hemos dicho (!) de los Obispos que rechazaron un Obispo electo por el Papa y de aquellos otros, tantos, que resisten la *Summorum Pontificum*, etc. Atacamos a los tradicionalistas, y así combatimos contra la Tradición católica. Manejados por los neocatecumenales, y quién sabe también si por ciertos poderes económicos, buscamos situarnos bien en la Iglesia actual, y obtener prebendas eclesiásticas personales. Defendemos a los Papas de los ataques lefebvrianos, pero atacamos al Papa cuando les tiende una mano. Quizá lo que pretendemos en el fondo es simplemente que no llegue la FSSPX a un acuerdo con la Iglesia católica. Y que el PP gane las próximas elecciones... Es algo alucinante. Patético. En *Catholic.net*, su actual directora, Sra. Mayra Novelo de Bardo, tuvo que frenar ataques semejantes [cerrando un foro](#), y argumentando su decisión con fuerza y datos objetivos. Ya antes cerró otro. Dios se lo pague.

Nos niegan incluso el derecho a llamarnos *InfoCatólica*, nombre al que estamos dispuestos a renunciar una hora después de que hayan renunciado a su nombre Panorama Católico Internacional, *Catholic.net*, Informations Catholiques Internationales y cien o quinientas publicaciones más que llevan nombres análogos. El *odium theologicum* les ha llevado a perder el sentido del ridículo.

Parte VII



–Perdone, pero la longitud de este artículo es para los lectores una verdadera provocación. –Yo tengo a mis lectores en gran consideración, y espero que sabrán hacer un esfuerzo especial para leer en este largo artículo la síntesis y la conclusión de todos los anteriores. No creo que me fallen.

La situación actual de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X en relación con la Iglesia Católica ha de ser conocida a la luz de varios documentos pontificios. Recordaré algunos principales, aunque sea en forma

abreviada, dando siempre el enlace al texto íntegro.

–1988. Juan Pablo II, en la *[Ecclesia Dei](#)* (carta apostólica-motu proprio, 2-VII-1988) expresa «la gran aflicción de la Iglesia de Dios» causada por Mons. Lefebvre en las ordenaciones de cuatro Obispos para la FSSPX:

«Ese acto [30-VI-1988] ha sido en sí mismo *una desobediencia al Romano Pontífice en materia gravísima* y de capital importancia para la unidad de la Iglesia, como es la ordenación de obispos, por medio de la cual se mantiene sacramentalmente la sucesión apostólica. Por ello, esa desobediencia –que lleva consigo un verdadero rechazo del Primado romano– constituye *un acto cismático* (can. 751)...

«La raíz de este acto cismático se puede individuar en una imperfecta y contradictoria noción de Tradición. Imperfecta, porque no tiene suficientemente en cuenta el carácter vivo de la Tradición... que va progresando en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo... Pero es sobre todo *contradictoria* una noción de Tradición que se oponga al Magisterio universal de la Iglesia, el cual corresponde al Obispo de Roma y al Colegio de los Obispos. *Nadie puede permanecer fiel a la Tradición si rompe los lazos y vínculos con aquél a quien el mismo Cristo, en la persona del Apóstol Pedro, confió el ministerio de la unidad en su Iglesia* (cf. Mt 16,18; Lc 10,16; Vaticano I, cp.3, Dz 3060)». «El éxito que ha tenido recientemente el movimiento promovido por Mons. Lefebvre puede y debe ser para todos los fieles *un motivo de reflexión sincera y profunda sobre su fidelidad a la Tradición de la Iglesia*, propuesta auténticamente por el Magisterio eclesiástico,

ordinario o extraordinario, especialmente en los Concilios Ecuménicos, desde Nicea hasta el Vaticano II. De esta meditación todos debemos sacar un nuevo y eficaz convencimiento de la necesidad de *ampliar y aumentar esa fidelidad*, rechazando totalmente interpretaciones erróneas y aplicaciones arbitrarias y abusivas en materia doctrinal, litúrgica y disciplinar». Desarrolla aquí el Papa, en este sentido, una exhortación especial a los Obispos y a los teólogos.

«En las presentes circunstancias deseo sobre todo dirigir una llamada a la vez solemne y ferviente, paterna y fraterna, a todos los que hasta ahora han estado vinculados de diversos modos con las actividades del arzobispo Lefebvre, para que *cumplan el grave deber de permanecer unidos al Vicario de Cristo en la unidad de la Iglesia Católica* y dejen de sostener de cualquier forma que sea esa reprochable forma de actuar. Todos deben saber que *la adhesión formal al cisma* constituye una grave ofensa a Dios y lleva consigo *la excomunión* debidamente establecida por la ley de la Iglesia (can. 1364)».

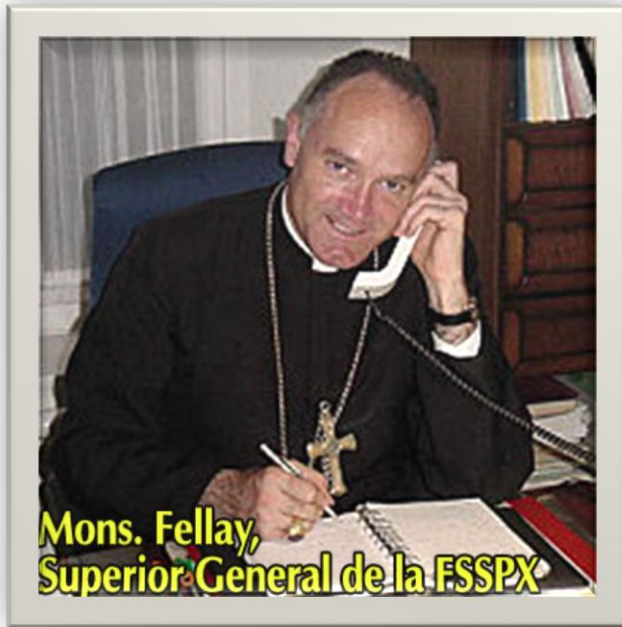
–1999. La Pontificia Comisión *Ecclesia Dei* (PCED), respondiendo a consultas, se ha manifestado en varias ocasiones. Diez años más tarde de la *Ecclesia Dei*, Mons. Camilo Perl, Secretario de la Comisión, escribe en [carta del 28-IX-1999](#): «Los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X están *válidamente ordenados*, pero se hallan *suspendidos* en el ejercicio de sus funciones sacerdotales. *En la medida en que ellos adhieran al cisma del ex Arzobispo Lefebvre, están asimismo excomulgados*. Esto significa que la Misa celebradas por tales sacerdotes son válidas, pero ilícitas, es decir, contrarias al derecho de la Iglesia».

–2008. La misma PCED, una decena de años más tarde, por medio también de su Secretario, Mons. Perl, en [carta del 23-V-2008](#) responde a unas consultas del Sr. Brian Mershon, entre ellas una en la que el consultante se refiere a las «repetidas afirmaciones del Cardenal Castrillón [entonces Presidente de la PCED] de que *la FSSPX no está en cisma formal*», en contra de lo que algunos canonistas católicos opinan. Responde Mons. Perl:

«Las afirmaciones hechas por el Cardenal Castrillón necesitan ser entendidas en un sentido técnico, canónico. *Declarar que la Sociedad de San Pío X “no está en cisma formal” significa decir que no ha habido declaración oficial de parte de la Santa Sede de que la Sociedad de San Pío X está en cisma*. Hasta ahora, la Iglesia ha buscado mostrar el máximo de caridad, cortesía y consideración por todos aquellos implicados, con la esperanza de que tal declaración no sea eventualmente necesaria».

«Las Misas ofrecidas por los sacerdotes de la Sociedad de San Pío X son válidas, pero ilícitas... Los sacramentos de la Penitencia y del Matrimonio requieren que el sacerdote goce de facultades de la diócesis o tenga delegación propia. Como ese no es el caso con estos sacerdotes, estos sacramentos son inválidos. Queda cierto, sin embargo, que si los fieles son genuinamente ignorantes de que los sacerdotes de la Sociedad de San Pío X no tienen la facultad propia para absolver, la Iglesia suple estas facultades para que así el sacramento sea válido (canon 144)».

«En tanto es cierto que la participación en la Misa en las capillas de la Sociedad de San Pío X no constituye en sí misma “adherencia formal al cisma” (cf. *Ecclesia Dei* 5c), tal adherencia puede acaecer en un período de tiempo en el que uno asimile una mentalidad



cismática que lo separe a uno mismo de la enseñanza del Supremo Pontífice y de toda la Iglesia Católica»... Por eso esta Comisión «no puede recomendar que miembros de los fieles frecuenten sus capillas».

–2009. [El levantamiento de la excomunión de los Obispos de la FSSPX](#) (21-I-2009) y la posterior [carta apostólica explicando esa remisión](#) (10-III-2009) fueron actos del Papa muy importantes en orden a facilitar la reintegración de la FSSPX a la plena unidad de la Iglesia Católica. El Papa

explica que el levantamiento de la excomunión de los Obispos tuvo por fin llamar a éstos «al arrepentimiento y a la vuelta a la unidad», haciendo notar que «no obstante hayan sido liberados de la sanción eclesiástica, no ejercen legítimamente ministerio alguno en la Iglesia».

«La remisión de la excomunión tiende al mismo fin al que sirve la sanción: *invitar una vez más a los cuatro Obispos al retorno*. Este gesto era posible después de que los interesados reconocieran en línea de principio al Papa y su potestad de Pastor, a pesar de las reservas sobre la obediencia a su autoridad doctrinal y a la del Concilio».

–2009. La PCED es reformada, vinculándola a la Congregación de la Fe por medio de la carta apostólica-motu proprio [Ecclesiae unitatem](#) (2-VII-2009).

Explica Benedicto XVI la razón del cambio: «Precisamente porque *los problemas que se deben tratar actualmente con la Fraternidad son de naturaleza esencialmente doctrinal*, he decidido –a los veintidós años del motu proprio *Ecclesia Dei*–... reformar la estructura de la Comisión *Ecclesia Dei*, uniéndola de manera estrecha a la Congregación para la Doctrina de la Fe». En adelante su Presidente es el Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, actualmente Card. William Levada, y Secretario, Mons. Guido Pozzo.

–2011. Entrevista concedida por el Superior General de la FSSPX (2-II-2011), Mons. Bernard Fellay, en el Seminario de Santo Tomás (Winona, EE.UU.). En ella expone largamente la situación actual de la Fraternidad en relación a la Iglesia. Enlace al texto francés, en una [primera parte](#) y en una [segunda](#). Y en español, solo [la primera](#) (falta la segunda).

Comienza Mons. Fellay por advertir –y su aviso es muy importante– que en las conversaciones habidas entre la FSSPX y la Santa Sede «*es preciso distinguir el fin que persigue Roma del que tenemos nosotros*. Roma indicó que existían problemas doctrinales

con la Fraternidad y que los mismos debían aclararse antes de un reconocimiento canónico –problemas que, tratándose de la aceptación del Concilio, obviamente provendrían de nuestra parte. *Para nosotros, en cambio*, se trata de otra cosa: queremos exponer a Roma lo que la Iglesia siempre enseñó, y con eso, señalar las contradicciones existentes entre esta enseñanza multisecular y lo que sucede después del Concilio. De nuestra parte, ése es *el único objetivo* que perseguimos».

Las conversaciones con «los interlocutores romanos», sigue diciendo Mons. Fellay, van llegando a su fin, y a su entender no ha habido adelantos mayores: «ellos no aceptan reconocer las contradicciones entre el Vaticano II y el Magisterio anterior». Sin embargo, para la Fraternidad son encuentros importantes: «se trata de *hacer oír en Roma la fe católica* y, más aún incluso, de hacerla oír en toda la Iglesia». Pero habrá que esperar. «Hasta aquí se ha considerado siempre el Vaticano II como un tabú, lo que hace casi imposible la curación de esta enfermedad que es la crisis de la Iglesia».

La *Summorum Pontificum*, reconoce, ha sido «un paso capital», pero ha recibido «la oposición masiva de los obispos». Y han surgido *dos dificultades nuevas, la reunión próxima en Asís, a los 25 años de la primera, y la beatificación anunciada de Juan Pablo II*, que «no es solamente una consagración de la persona de Juan Pablo II, sino también del Concilio y de todo el espíritu que le sigue». A la pregunta: «¿como es posible que Dios permita verdaderos milagros para autenticar una falsa doctrina, con ocasión de las múltiples beatificaciones y canonizaciones realizadas en los últimos decenios?», Mons. Fellay responde que, a su entender, los milagros «son dudosos», y que por otra parte «se han cambiando los términos para la canonización, haciéndose menos fuertes que antes. Yo creo que ello va junto a una mentalidad nueva, que no quiere definir dogmáticamente comprometiendo la infalibilidad».

La Fraternidad ha cumplido ya los 40 años de existencia, y «es una obra que continúa creciendo, lo que, humanamente, parecería casi imposible. Es claramente la señal de Dios sobre la obra de Mons. Lefebvre». El entrevistador hace notar que crece el número de fieles y de capillas, lo que hace prever que quizá se haga necesaria la consagración de otros Obispos auxiliares para la Fraternidad; y pregunta: «¿Cree usted que Roma podría ser hoy favorable a otras consagraciones episcopales en la Tradición?» –«Para mí la respuesta es muy simple: *habrá o no habrá [consagración de] obispos* según que las circunstancias que ocasionaron la primera consagración se vuelvan a dar o no».

Partiendo de estos documentos y declaraciones, paso a comentarlos.

–La Fraternidad lefebvrina va creciendo y se siente fuerte en su posición actual. Ya vimos (130 in fine) la falsa interpretación triunfalista que la FSSPX dió al levantamiento de la excomunión de sus Obispos, tal como se manifiesta en la [carta de Mons. Fellay](#) (24-I-2009): se levanta una excomunión «que nosotros siempre rechazamos», es decir, que siempre fue tenida por nula; «ya la Tradición católica no está excomulgada», y «esperamos la pronta rehabilitación de Mons. Marcel Lefebvre». Por otra parte, Mons. Fellay, en la respuesta primera de la entrevista referida, da a entender claramente que la FSSPX no pretende en las conversaciones actuales con Roma lograr el reconocimiento canónico de la Iglesia, es decir, la unión plena y visible con la Iglesia Católica, que es justamente el objetivo principal de la Santa Sede. Eso, entiendo yo, implicaría una sujeción

al Papa de la que actualmente están libres. Ahora, tal como están, gozan de una situación próspera y creciente.

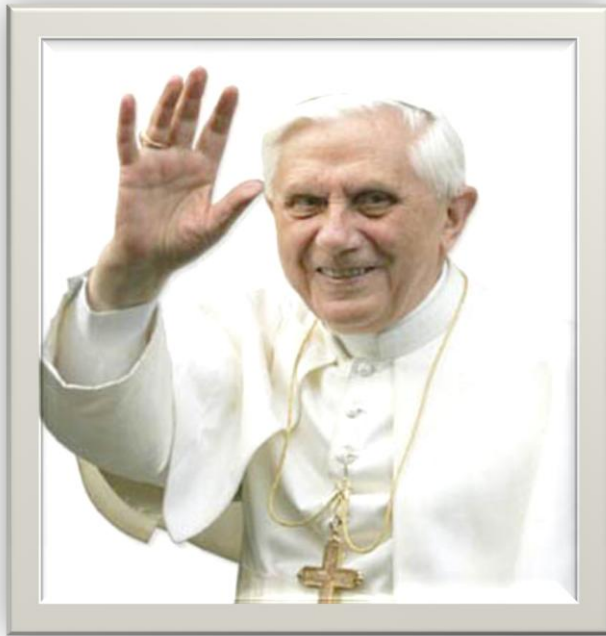
Según estadísticas de julio 2010, la FSSPX desde 1970 hasta hoy ha ido creciendo con un ritmo estable. Tiene 6 seminarios, 14 Distritos, 161 Prioratos, 725 Centros de Misas, 90 escuelas, 529 sacerdotes y 214 seminaristas, 117 Hermanos, 176 Hermanas, 5 conventos de carmelitas y está presente en 31 países.

–La situación cismática de esta gran Comunidad lefebvriana se hace patente porque «rechaza la sujeción al Sumo Pontífice» (can. 751) y a los Obispos católicos, en cuyas diócesis normalmente instala sus Prioratos. Desde hace más de dos decenios la Fraternidad se gobierna a sí misma totalmente al margen de la autoridad apostólica del Papa y de los Obispos. Y sin ningún problema de conciencia, ejercita ilícitamente sus ministerios episcopales y sacerdotales, celebrando Misas, matrimonios, confesiones, confirmaciones, ordenaciones, catequesis, etc., pues estima que su situación *sui generis* en la Iglesia es perfectamente lícita, ya que viene exigida por la Providencia divina «para la continuidad de la Iglesia». Eso es lo que hace de ella *una Comunidad cismática*, aunque tal condición no haya sido formalmente declarada. Y por eso el Papa les llama «al arrepentimiento y a la vuelta a la unidad», porque rompieron con ella.

–En la medida en que perduran en la Iglesia Católica los errores y abusos, la FSSPX se autojustifica y se desarrolla. Así lo hacía ya notar Juan Pablo II en la Ecclesia Dei (1988, 5a). Del éxito de la obra promovida por Mons. Lefebvre, decía, «todos debemos sacar un nuevo y eficaz convencimiento de la necesidad de ampliar y aumentar esa fidelidad... rechazando totalmente interpretaciones erróneas y aplicaciones arbitrarias y abusivas en materia doctrinal, litúrgica y disciplinar». Aquellas Iglesias locales que no respondan a esta exigencia apremiante del Papa verán crecer en ellas la apostasía o el lefebvriismo.

Se acrecienta el número de lefebvrianos y el de filolefebvrianos, y se autoafirman todos ellos en sus posiciones, cada vez que en la Iglesia Católica –un Cardenal celebra una Misa con globitos, –otro hace notar que la resurrección de Lázaro no fue, por supuesto, tal como el evangelista la describe, –otro prohíbe en su Catedral la celebración de la Misa antigua, – otro exige respeto por la decisión médica de provocar el aborto a una niña embarazada, – otro publica un libro en el que se avergüenza de la *Humanæ vitæ*. Se autoafirma la FSSPX y se acrecienta –cada vez que un teólogo católico, sin perder su cátedra, admite la posibilidad de que la resurrección de Jesús no le hizo recuperar glorificado su propio cuerpo; –cada vez que un Obispo impide, «para evitar divisiones en la Diócesis», que sea publicada una eventual *Notificación* romana reprobatoria de un teólogo de su jurisdicción; –cada vez que en Librerías religiosas, a veces diocesanas, se difunden libros heréticos; –siempre que en los funerales parroquiales se elimina el purgatorio, declarando simplemente que «nuestro hermano goza ya de Dios en el cielo»; –siempre que la soteriología, salvación-condenación, es suprimida en la predicación y en la catequesis; –siempre que algún misionero presume de no predicar el Evangelio y de limitarse a la inculturación y a las obras benéficas, etc.

–Reservas sobre la autoridad del Papa. Benedicto XVI en su carta explicativa sobre el levantamiento de las excomuniones (10-III-2009), dice que «fue posible después de que los interesados reconocieran en línea de principio al Papa y su potestad de Pastor, a pesar de las reservas sobre la obediencia a su autoridad doctrinal y a la del Concilio». Es ésta una frase de compleja y delicada interpretación. ¿Cómo entender esas reservas en la



obediencia a la autoridad doctrinal de la Iglesia, es decir, esas reticencias en «la obediencia a la fe» (Rm 1,5)?

Si alguien dice creer *con reservas* en la virginidad de María, entendemos que no tiene fe en ella, pues la certeza es nota propia de la fe teologal. Si alguien cree *con reservas* en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, deducimos que no tiene la fe católica. Aunque pudiera ser en este caso que esas dudas versaran sobre la condición verdaderamente sacerdotal del consagrante: si no

es sacerdote ordenado, no hay presencia real eucarística en su falsa consagración. Esas dudas que pueda tener una persona, por tanto, no se refieren a la doctrina de la fe católica, sino a la concreta realidad sacramental o no sacramental que tiene ante sí.

Pues bien, ya señalé en el anterior artículo (131) que *la fe católica es aquella que cree en esta Iglesia Católica, la que existe visiblemente en nuestro tiempo, visible, audible y palpable, y en este Papa, con su nombre propio...* Y ya indiqué que quien no cree en esta Iglesia y en este Papa, se queda en la incredulidad, en la intemperie espiritual solitaria o en algún modo de lefebvrismo, creyendo en «la Iglesia eterna» y en «el Primado de Pedro», pero fuera de la unidad de la Iglesia. Las aludidas reservas acerca de la autoridad del Papa me parecen una expresión suave y benigna de Benedicto XVI. Pero en realidad no parece haber intermedio en esta grave cuestión: *o hay fe en que este Papa es el Papa*, y en tal caso no hay lugar para las reservas, *o no hay fe en que este Papa sea el Papa*, y se cae en el sedevacantismo, que se edifica a la medida de sus pensamientos y deseos una Iglesia tan eterna como imaginaria, con un Primado romano ilusorio.

Estas reservas en la autoridad y la obediencia al Papa explican que la Fraternidad siga considerando lícita y aun heroica la ordenación cismática de sus Obispos: la consideran plenamente justificada y lícita. Estas reservas explican también que, en buena conciencia, continúe más de veinte años estimando totalmente nulas las sanciones de la Iglesia, y en consecuencia ignorando que «sus ministros no ejercen legítimamente ministerio alguno en la Iglesia» (Benedicto XVI, 10-III-2009). Más aún, explican que la FSSPX esté hoy dispuesta, si estimara que las circunstancias de mañana así lo exigen –como lo consideró Mons. Lefebvre en 1988–, a realizar nuevas ordenaciones episcopales «para asegurar la continuidad de la Iglesia»...

En una [entrevista concedida recientemente por Mons. Fellay en Buenos Aires](#) (31-III-2011) contaba que cuando en junio del año anterior preparaba la FSSPX unas ordenaciones de subdiáconos en Alemania, hubo grandes protestas, especialmente del Episcopado alemán.

«Tres llamados consecutivos recibimos del Cardenal Castrillón Hoyos, *pidiendo en nombre del Papa que no realizáramos las ordenaciones*». Pero, reunidos los cuatro Obispos lefebvrianos, sigue narrando el Superior General de la Fraternidad, decidieron realizarlas, como una medida irrenunciable de supervivencia, aunque trasladándolas a Suiza. Como se ve, el reconocimiento que la Fraternidad hace «en línea de principio del Papa y de su potestad de Pastor» es puramente verbal.

–Reservas sobre la autoridad del Concilio Ecuménico Vaticano II. *La fe católica nos obliga recibir sin reservas un Concilio ecuménico y a interpretarlo a la luz de los Concilios anteriores*, pues la fe nos da la certeza de que la cadena del Magisterio apostólico desarrolla a lo largo de los siglos, bajo la asistencia del Espíritu Santo, un crecimiento homogéneo a la doctrina católica. Por eso la hermenéutica *continuista* del Vaticano II es una exigencia de la fe, no es simplemente una argucia para defenderlo; y por el contrario, una interpretación *rupturista* es contraria a la Tradición y a la fe católica.

Y muy paradójicamente coinciden progresistas y lefebvrianos en dar al Vaticano II una interpretación rupturista. En su magnífica conferencia [*Necesitamos un nuevo Syllabus*](#) (17-XII-2010), Mons. Athanasius Schneider, Obispo auxiliar de Karaganda (Kazajistán), hace notar que

«se evidencian dos agrupaciones que sostienen la teoría de la ruptura. Uno de estos grupos intenta protestantizar doctrinal, litúrgica y pastoralmente la vida de la Iglesia. En el lado opuesto están aquellos grupos tradicionalistas que, en nombre de la tradición, rechazan el Concilio y se sustraen de la sumisión al supremo viviente Magisterio de la Iglesia, a la Cabeza visible de la Iglesia, el Vicario de Cristo en la tierra, sometiéndose por ahora solo al Jefe invisible de la Iglesia, esperando tiempos mejores».

Los *progresistas* no interpretan el Concilio a la luz de la Tradición apostólica, el único modo legítimo de entenderlo, sino que le hacen decir –cuando se dignan citarlo; raras veces– lo que ellos piensa y desean. Y los *lefebvrianos* tampoco lo interpretan a la luz de la Tradición, como está mandado, sino que lo rechazan como opuesto a ella en graves cuestiones, es decir, guardan «reservas sobre la autoridad del Concilio».

–La mala interpretación lefebvrina del Concilio Vaticano II en no pocas cuestiones muy graves es patente. Me limitaré a recordar los tres errores capitales del Concilio que Mons. Lefebvre señaló en su larga y solemne [*conferencia La fraternidad Sacerdotal San Pío X y Roma \(1987\)*](#), un año antes de las ordenaciones episcopales cismáticas (cf. 130).

«Hay tres errores fundamentales, que, de origen masónico, son profesados públicamente por los modernistas que ocupan la Iglesia. [1] La sustitución del Decálogo por los Derechos del Hombre [en referencia a la libertad religiosa]... [2] Este falso ecumenismo que establece de hecho la igualdad entre las religiones... [3] Y la negación del reinado social de Nuestro Señor Jesucristo mediante la laicización de los Estados... La situación es, pues, extremadamente grave, porque todo indica que la realización del ideal masónico haya sido cumplido por la misma Roma, por el Papa y los cardenales. Es esto lo que los franc-masones siempre han deseado, y lo han conseguido no por sí mismos sino por los propios hombres de la Iglesia».

1.-El teocentrismo del Decálogo es sustituido en la Iglesia conciliar por el antropocentrismo de los Derechos del hombre. En las 1000 páginas del Concilio

Vaticano II podemos encontrar algunas expresiones retóricas algo ambiguas acerca del hombre como centro del universo, que erróneamente interpretadas pueden dar lugar a *un cristianismo antropocéntrico*. Hallamos, por el contrario, cientos de expresiones conciliares netamente teocéntricas, bíblicas y tradicionales, que dan la verdadera doctrina del Concilio y que, con un mínimo de honestidad intelectual, obligan a interpretar en sentido católico aquellas otras posibles expresiones ambiguas. De modo sistemático, estas expresiones tan claras y precisas son omitidas por los lefebvrianos, que se atienen solamente a las frases ambiguas.

El teocentrismo del Vaticano II se manifiesta ante todo en su preciosa doctrina litúrgica: «La Liturgia es el culmen al que toda la acción de la Iglesia tiende y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza» (SC 10; cf. principio muy reiterado, OT 16, PO 5). Toda la vida de la Iglesia, de esta forma, está orientada hacia la glorificación de Dios. Pero ese teocentrismo se afirma igualmente con insistencia desde otras muchas perspectivas: «La ley divina, que es eterna, objetiva y universal, es la norma suprema por la que Dios ordena, dirige y gobierna el mundo y los caminos de la comunidad humana según el designio de su sabiduría y de su amor» (DH 3). «El hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente» (GS 16). Los fieles han de empeñarse en procurar el bien común, «teniendo presente que en cualquier asunto temporal deben guiarse por la conciencia cristiana, dado que ninguna actividad humana, ni siquiera en el dominio temporal, puede substraerse al imperio de Dios» (LG 36). Por eso, «si “autonomía de lo temporal” quiere decir que las realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece» (GS 36). Por el contrario, todas las actividades temporales, familiares, profesionales, etc. han de vincularse con «los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios» (ib. 43).

2.-Una falsa igualdad ecuménica entre todas las religiones pretende llegar a «una especie de sincretismo que logre reunir todas las religiones». Atribuir esa enseñanza al Concilio y al postconcilio es una grave calumnia. Podríamos demostrarlo con innumerables textos.

«Esta Iglesia peregrinante es necesaria para la salvación. El único Mediador y camino de salvación es Cristo, quien se hace presente a todos nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia» (LG14). Una y otra vez el Vaticano II insiste en el «unicus Mediator Christus» (ib. 14, 28, 49, 50, que cita a Trento, Dz 1821). En el decreto sobre la libertad religiosa enseña el Vaticano II que el hombre «redimido por Cristo Salvador y llamado por Jesucristo a la filiación divina, no puede adherirse a Dios, que se revela a sí mismo, a menos que, atraído por el Padre, rinda a Dios el obsequio racional y libre de la fe» (DH 10). «Y como el que no cree ya está juzgado, las palabras de Cristo son a un tiempo palabras de condenación y de gracia, de muerte y de vida» (AG 8). Por eso es deber sagrado de la Iglesia anunciar por las misiones el nombre de Jesús, ya que «en ningún otro hay salvación (Hch 4,12). Es necesario, pues, que todos se conviertan a Él, conocido por la predicación de la Iglesia, y por el bautismo sean incorporados a Él y a la Iglesia, que es su Cuerpo» (ib. 7), excluyendo en la acción ecuménica «toda especie de indiferentismo y confusionismo» (ib. 15, cf. 22; cf. SC 9). Bastarían, por otra parte, la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI (1975) y la encíclica *Redemptoris missio* de Juan Pablo II (1990) para demostrar

que la Tradición se mantiene espléndidamente íntegra también en los documentos postconciliares.

3.-La negación del Señorío de Cristo sobre las naciones es la causa de la laicización de los Estados. Sabemos bien que en Occidente las naciones ricas de antigua filiación cristiana han dado en buena parte la espalda a Dios y a su enviado Jesucristo, en un proceso que tiene sobre todo su inicio en el siglo XVIII: «no queremos que Él reine sobre nosotros» (Lc 19,14). Y que después de la prosperidad recuperada tras la II Guerra Mundial, ese proceso llega a una eclosión de apostasía colectiva, que afecta muy especialmente a la estructura política de los Estados. Culpabilizar de todo esto al Concilio Vaticano II y al Papa es, pues, un enorme error y una gran injusticia. Dice Mons. Lefebvre en la citada conferencia de 1987: «*El Papa ha querido y ha conseguido prácticamente laicizar las Sociedades, y por tanto suprimir el reinado de Nuestro Señor Jesucristo sobre las Naciones*». Ésta es una de las grandes calumnias que la FSSPX mantiene viva, difundiendo los escritos de Mons. Lefebvre y formulando con otras palabras la misma enseñanza.

Por el contrario, la Iglesia, Esposa fiel de Cristo, siempre ha querido y quiere que «Cristo reine» sobre las naciones y sobre todos los hombres (1Cor 15,25). Así lo expresó el Vaticano II: que los laicos procuren con todo empeño «lograr que la ley divina quede grabada en la ciudad terrena» (GS 43), y trabajen «para instaurar el orden temporal de forma que se ajuste a los principios superiores de la vida cristiana» (AA 7). Y no es éste un deber que obligue solamente a las personas, pues como dice el Catecismo (2105), citando lugares del Concilio,

*«el deber de rendir un culto auténtico corresponde al hombre individual y socialmente considerado. Ésa es “la doctrina tradicional católica sobre el deber moral de los hombres y de las sociedades respecto a la religión verdadera y a la única Iglesia de Cristo” (DH 1). Al evangelizar sin cesar a los hombres, la Iglesia trabaja para que puedan “informar con el espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en la que cada uno vive” (AA 13). Deber social de los cristianos es respetar y suscitar en cada hombre el amor de la verdad y del bien. Les exige dar a conocer el culto de la única religión verdadera, que subsiste en la Iglesia católica y apostólica. Los cristianos están llamados a ser luz del mundo. La Iglesia manifiesta así la realeza de Cristo sobre toda la creación y, en particular, sobre las sociedades humanas [cita aquí: León XIII, enc. *Immortale Dei*; Pío XI, enc. *Quas primas*].»*

El Vaticano II mantuvo, pues, íntegra la doctrina tradicional católica acerca del deber moral de los hombres y de las sociedades, también de los Estados, para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo. Jamás la Iglesia en el Concilio o después de él ha enseñado que la confesionalidad cristiana de una nación es ilícita o siempre inconveniente. Es ésta una tesis falsa, contraria a la Tradición y a la enseñanza conciliar. La Comisión redactora de la declaración Dignitatis humanæ sobre la libertad religiosa, precisando a los Padres conciliares el sentido del texto que habían de votar, afirmó que

«si la cuestión se entiende rectamente, la doctrina sobre la libertad religiosa no contradice el concepto histórico de lo que se llama Estado confesional... Y tampoco prohíbe que la religión católica sea reconocida por el derecho humano público como religión de Estado» (Relatio de textu emendatu, en Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani

II, Typis Polyglotis Vaticanis, v. III, pars VIII, pg. 463). *El Vaticano II, por tanto, no prohíbe ni exige la confesionalidad del Estado*, cuya conveniencia dependerá de las circunstancias religiosas de cada país. Y enseña que, en principio, estando la Iglesia y el Estado al servicio del bien común humano, *«este servicio lo realizarán con tanta mayor eficacia, para bien de todos, cuanto más sana y mejor sea la cooperación entre ellos, habida cuenta de las circunstancias de lugar y tiempo»* (GS 76).

¿Como se atreven, pues, Mons. Lefebvre y la FSSPX a ignorar en el Vaticano II tan numerosas enseñanzas tradicionales de la Iglesia Católica actual y a interpretar los textos conciliares y postconciliares en clave de ruptura con la Tradición, acusando al Papa y a la Iglesia, entre otros muchos errores, de un antropocentrismo craso, de un sincretismo herético y de una resistencialaica al Reinado de Cristo? ¿Por qué no interpretan los textos ambiguos que pueda haber a la luz de los numerososísimos textos claros y ciertamente tradicionales –presentes a veces en el mismo documento que incluye textos oscuros–, como lo exige una hermenéutica honesta? Aplican deliberada y habitualmente una hermenéutica de ruptura, como lo hacen los progresistas, logrando así traicionar la misma esencia de la Tradición que buscan defender..

–Ciertos «gestos» de Juan Pablo II nos causaron profundo desagrado a no pocos católicos, incluídos Cardenales. Pero siempre, repetando como es debido al Vicario de Cristo, les dimos una interpretación benigna. *Besando El Corán*, no estaba el Papa expresando su veneración por las doctrinas de Mahoma, sino su amor inmenso por los mil millones de musulmanes cautivos de ese libro falso. Recibiendo en la frente *la marca de Shiva* que una señora india le imponía con afectuoso respeto, en modo alguno expresaba su sintonía con los mitos del hinduismo, sino que simplemente agradecía sonriente el acto, como si en Hawái le impusieran un collar de flores. Ésa es la única manera de interpretar honradamente y con veracidad esos actos ambiguos del Papa.

En efecto, los *gestos* expresan en lenguaje no-verbal pensamientos e intenciones que pueden tener interpretaciones muy variadas, aunque éstas suelen ser patentes por la persona y las circunstancias. Las *palabras*, en cambio, tienen una expresividad mucho más precisa y unívoca. Es evidente, por tanto, que si el gesto concreto de una persona adolece de una expresividad ambigua, ésta debe ser interpretada ateniéndose a sus palabras. *Otra cuestión, sin duda, íntimamente anexa, pero distinta, es la conveniencia de un determinado gesto*. San Pedro, por ejemplo, no comiendo con gentiles, realiza un gesto que merece la censura de San Pablo (Gál 2,11-13), pero que en modo alguno compromete la fe en la salvación cristiana de los paganos, fe ciertamente común a los dos Apóstoles (Hch 1,15; 14,27).

La reunión de Asís fue el gesto pontificio más abominado por Mons. Lefebvre. Lo dispuso Juan Pablo II en el Año Internacional de la Paz (1986, y después en 2002) con su mejor intención de coadunar en la búsqueda unánime de la paz a todos los hombres religiosos del mundo. El gesto, así nos pareció a muchos, corría graves peligros de ser interpretado torcidamente en clave sincretista por personas malformadas o malintencionadas. El mismo Papa intentó justificar su gesto en una alocución a los Cardenales (22-XII-1987). Y el Cardenal Ratzinger, Prefecto de la Congregación de la Fe, hizo también más tarde el mismo intento, con ocasión de Asís-2002 ([30 Giorni](#) II-2002). Y estas explicaciones nos convencieron a unos más y a otros menos. Pero ninguno de los hijos de la Iglesia dudamos un instante de la perfecta fe católica de Juan Pablo II, expresada miles de veces, ya en los mismos textos antes recordados del Vaticano II sobre

las misiones, que él formuló como Padre conciliar con el Papa y los Obispos, ya en tantos otros documentos suyos personales, hasta llegar a la formidable declaración *Dominus Iesus* (2002).

Por el contrario, *nos parecen vergonzosas y totalmente disparatadas las declaraciones que Mons. Lefebvre hizo una y otra vez sobre el Papa con ocasión de Asís-1986*. Fué ésta una de las cuestiones que más influyeron en su decisión de ordenar Obispos contra la ley canónica y contra la voluntad expresa del Papa.

«Nos enfrentamos con un dilema gravísimo que, creo yo, esto nunca ha existido en toda la historia de la Iglesia: que *el que está sentado en la Sede de Pedro participe en cultos de falsos dioses*. No lo sé. Me lo pregunto. Pero *es posible que estemos obligados a creer que este papa no es papa*» (Écône, hom. del domingo de Pascua 1986; Tissier 564). Relatando ese suceso, Mons. Tissier aprovecha la ocasión para citar el Código de 1917: si un cristiano incurre en la *communicatio in sacris*, en la participación activa en ritos no católicos (can. 1258), viene a hacerse «sospechoso de herejía» (can. 2316). Mons. Lefebvre, como ésta, dijo otras barbaridades enormes: «Realmente creo que puedo decir que *no ha habido nunca una iniquidad más grande en la Iglesia que la jornada de Asís*» (Sermón en la ordenación cismática de Obispos, 18-VI-1988).

–La reintegración de la FSSPX en la Iglesia católica no parece posible por ahora, siendo sin embargo tan heroicamente procurada por Benedicto XVI, Pastor universal, y tan deseada por todos los católicos que amamos la unidad de la Iglesia. No parece posible.

1. *No parece que sea querida hoy por la FSSPX*. Y no pueden dos unirse si uno no quiere. Según vimos, por ejemplo, en la primera frase de las declaraciones citadas de Mons. Fellay, la vuelta a la plena unión es el fin pretendido por la Santa Sede en las conversaciones, pero la Fraternidad busca en ellas otro fin, afirmar su propia ortodoxia, «convirtiendo» a Roma, infectada de herejía; y solo eso.

La Fraternidad, al mantener sus «reservas» hacia la autoridad del Papa y del Vaticano II, no considera viable por ahora esa «unidad», que a su entender sería falsa. Por otra parte, sobre todo después del levantamiento de las excomuniones, no ve la conveniencia de cambiar su situación presente, creciendo en número y esperando la rehabilitación de Mons. Lefebvre. El Papa les llama «al arrepentimiento y a la vuelta a la unidad», pero mientras sigan ellos viendo la Iglesia católica como ellos la ven, infectada de modernismo, neoprotestantismo, sincretismo, herejías y apostasía, se negarán, en conciencia, a dar un paso en esa dirección. Con el aplauso de los sedevacantistas, que le reprochan por otra parte sus esporádicas relaciones con la Santa Sede.

2. *Tendría que confesar la Fraternidad abiertamente que Cristo confió a la Iglesia romana la misión de guardar a todos los cristianos en la fe ortodoxa y en la unidad*, y que la FSSPX no ha recibido de Dios una misión superior, con autoridad apostólica para vigilar y garantizar la fidelidad de «Roma» en su misión propia. Es la Sede de Pedro la que recibe de Cristo el carisma supremo de confirmar en la fe a todos los cristianos; y no es la FSSPX quien recibe en nuestro tiempo esta misión, por encima de Roma, distanciándose de ella. Ésta última convicción sería totalmente inconciliable con la Escritura sagrada y con la Tradición católica.

3. *La Fraternidad tendría que reconocer los dictámenes jurisdiccionales del Papa y de la Santa Sede sobre el carácter cismático de las ordenaciones episcopales realizadas por Mons. Lefebvre*, sobre la validez de las excomuniones y suspensiones a divinis, y acerca de la ilicitud de sus celebraciones sacerdotales. Es la Autoridad de la Iglesia la que, en este mundo y en el nombre de Cristo, juzga a sus hijos; y no son éstos los que juzgan sus propias causas. No son ellos los que tienen la última palabra. La tiene, como ellos dicen, «Roma».

4. *Tendría que renunciar la Fraternidad al ejercicio ilícito de los ministerios episcopales y sacerdotales*, en tanto recibía de la Autoridad apostólica los reconocimientos canónicos necesarios, que por parte de la Santa Sede serían posibles, en la forma de Prelatura o como fuera conveniente.

5. *La FSSPX habría de aceptar la Misa del Novus Ordo*. Actualmente, entre los celebrantes de la Misa nueva hay muchos, lamentablemente no todos, que aprecian la Misa antigua y algunos que incluso la celebran algunas veces. Pero en los Prioratos lefebvrianos *ninguno* está abierto a la Misa nueva, todos permanecen hasta ahora herméticamente cerrados a ella, y no dan signos de cambio alguno. Se resisten así a la *Summorum Pontificum*, que por otro lado consideran un triunfo suyo.

Advierte en ella el Papa que «obviamente para vivir la plena comunión tampoco los sacerdotes de las Comunidades que siguen el uso antiguo, pueden, en principio, excluir la celebración según los libros nuevos. En efecto, no sería coherente con el reconocimiento del valor y de la santidad del nuevo rito la exclusión total del mismo». Así lo han aceptado otras Comunidades tradicionales integradas en la unidad de la Iglesia, como ya vimos (127 *in fine*).

6. *Tendría la Fraternidad que retractarse públicamente de los innumerables insultos de Mons. Lefebvre contra el Papa, el Vaticano II y la Iglesia postconciliar, pidiendo perdón por ellos*, y retirando la distribución de los escritos que difunden tantas calumnias.

No hay posible perdón sin arrepentimiento y confesión de los pecados. No parece viable la vuelta de la FSSPX a la unidad eclesial si no retiran de sus medios de difusión tan numerosas alusiones contra la Iglesia católica, Iglesia modernista, liberal, masónica, sincretista, neoprotestante, antropocéntrica, bastarda en su Misa, en su sacerdocio, en sus sacramentos, caída en herejía y apostasía, ocupada en la Sede de Pedro y en los principales puestos romanos por anticristos, etc. Pero tampoco parece que la Fraternidad tenga esta intención, aunque sí es cierto que en algunas páginas suyas de internet se han registrado últimamente vaciamentos muy considerables.

7. *Los Obispos de la FSSPX habrían, en fin, de poner sus cargos a disposición del Papa, reconociendo la ilegitimidad de su origen*. Este paso, tan duro, lo hallamos sugerido por Mons. Lefebvre, pero para ser dado en otro supuesto muy distinto: *para cuando vuelva Roma a la verdad católica*.

«El día en que Roma vuelva a la verdad de la Iglesia de siempre, estos obispos [que yo pudiera ordenar] pondrían su dignidad episcopal entre las manos del papa, diciéndole: “aquí estamos. ¿Qué quiere hacer de nosotros? Si así lo quiere, viviremos nosotros ahora como simples sacerdotes; y si quiere servirse de nosotros, estamos a su servicio» (en un retiro sacerdotal, IX-1986: Tissier 573). Y en su *Carta a los futuros obispos* (29-VIII-1987) les

dice: «Yo os conferiré esta gracia, confiando en que sin tardanza la Sede de Pedro será ocupada por *un sucesor de Pedro perfectamente católico*, entre las manos del cual podréis vosotros depositar la gracia de vuestro episcopado para que él la confirme» (578).

La Fraternidad Sacerdotal San Pío X considera hoy que este momento aún no ha llegado. Estima, al parecer, que Benedicto XVI no es «un sucesor de Pedro perfectamente católico»... Pero, en fin, por la oración de súplica, mantengamos la esperanza en que un día se logre la unidad eclesial con la FSSPX, ya que lo que no es posible por la miseria de los hombres, es posible por la misericordia de Dios. Oremos, oremos, oremos.

Mater Ecclesiae, ora pro nobis.

José María Iraburu, sacerdote

